

Fantasio
Cuentos para bailadores
Por Fabio Martínez

Fantasio I

Con las rubias no hay manera

Ibiza Oliveira

Un Cadáver Ambulante

Despedida de Soltero

La Pagoda del Humo

Un Clarinete para Leyton

Mambo pide la gente

Alfredo Von Kspa Salazar bailaba como un anfibio
La Tumbadura

Antrobar

Aparta-Closet Night Club

Concierto Celestial de fin de siglo 70
Fantasio II

FANTASIO I

*«Allí sonrío un cielo y sin nubes; allí se respiran tibias brisas;
allí costumbres más amables van a recibirnos; allí reinan las
canciones y florecen con más esplendor la
vida y el amor».*

Johann Friedrich Von Schiller.

Cuando la vi sentada, bamboleándose en su nube etérea y transparente, me dije: Esperanza Lucumí Mosquera, ¿no puede ser! O esto es una visión del demonio o yo estoy requetemala de la vista; y haciendo cien cruces en el aire, enseguida me camuflé en mi nube azul y transparente, que me ha servido de cama, de auto y de silla reclinomatic y me puse a espiarla. Sí, era ella. Esperanza Lucumí Mosquera, con su pelo negro- apretado, pintado de amarillo, su vestido escotado, fosforescente, de pepas rojas y blancas, sus zapatos de tacón puntilla y del mismo color del vestido, y esa puñalada que yo le había regalado cuando éramos amigas, y que ahora lucía en su cuello, como un bello y exótico tatuaje. Desde mi nube de vapor la vi, y no pude contenerme: ¿Qué carajo hace una negra arrebatada en un sitio tan exclusivo como éste? Pero ella ya estaba allí (como estaban Mirta Silva, Benigna Pons y Toña La Negra), y no había nada que hacer. Había sencillamente que saludarla, pues en la bóveda celeste no hay distingos de clases, razas, religiones, ni colores (Con decir que está el «care-foca» de Pérez Prado que no es ni negro ni indio, y Beny Moré que ahora anda sin dientes). Me le acerqué por un lado, esperando que me mandara al mismo infierno, por el tatuaje que yo le había grabado en el cuello, y no pude aguantar la risa, cuando vi que de su espalda salían un par de alas tiernas y azuladas, de ángel impúber.

¡Ay, Dios mío! -me dije- ¿Será que estoy viendo visiones?

No se si ella me vio, pero cuando vi semejante trasero con el rabillo del ojo, casi le pido a Dios que me mandara al limbo o al mismo infierno, pues ese trasero, como todos los que existen en el mundo, tenía dueño, y no podía concebir cómo habían dejado pasar a una gorda maluca como ésa y, sobre todo, a una asesina. ¡Si los gordos se cocinan a fuego lento en el purgatorio, y los asesinos van derecho al Averno!

Pero Dios sabe cómo hace las cosas, y ahí ya no había nada que hacer: allí, cerca de mi nube celestial estaba Luz Dary Sinisterra Caicedo, con su cara ancha de arepa de maíz, su vestido de satín verde biche, ajustado a su cuerpo, y ese culo tan bueno, que prácticamente sacaba la cara por ella. Sí, la gorda Luz Dary, mi mejor amiga y mi peor enemiga en el globo terrestre. Miro de perfil lo que Dios le regaló en vida (y que ella supo administrar como si fuera un banco), e imagino ese lindo regalo que yo también le di, y que ella conserva en su nalga derecha: un recuerdo que lleva mi nombre y que, aclaro, lo hice por pura y física defensa. En cambio, lo que ella me hizo... La observo detenidamente y cuando contemplo un par de apéndices escamosos y rosados que se desprenden de su espalda, me da rabia y risa al mismo tiempo, pues nunca que yo sepa, se ha visto a una gorda en el cielo (no sé qué va a pasar con Celia Cruz cuando se muera), ni mucho menos volando. Y a pesar de todo, voy a saludarla, cuando ella se adelanta, y me *dice*:

- ¡Hola, negra! ¿Tú también por acá, en estas latitudes? Al escucharla, pienso en lo falsa que es, y me dan ganas de vengarme; pero como sé que por algo El Jefe la ha enviado hasta acá, al reino de los cielos, prefiero callar, y esperar mejor a que ella suelte toda la pita.

- ¿Y ese par de alas? ¡Cómo se te ven de primorosas! Recién ahora, al descubrir que somos un par de querubines con alas escamosas, azules y rosadas, nos desternillamos de risa, y poco a poco empezamos a olvidar nuestros rencores.

- Oye, gorda, cuéntame una cosa; ¿cómo hiciste para llegar hasta acá? ¿Le pagaste al Jefe dinero por debajo de cuerda?.

- No negra, no seas tan mal pensada. Está bien que yo mientras estuve en Fantasio, hice embarradas, pero después me regeneré.

- No sea mentirosa, gorda. Una mujer que haya matado a otra de una puñalada, no debe estar aquí. El Jefe puede perdonar todo, menos esas cosas...

- Espera no más, te cuento, y te darás cuenta que El Jefe también me perdonó a mí. ¿O acaso, tú eras en aquellos tiempos, como ahora, un lindo angelito?

- No, pero yo nunca maté a nadie. En cambio, tú....

- Bueno, yo pagué eso y otras cosas con mi vida...

Y empezó a echar su historia que nadie (sólo El Jefe, que a veces se hace el de la vista gorda) le creía.

Después que te propiné la puñalada donde ya sabemos, pagué diez años en El Buen Pastor. El iba cada domingo que era el día de visita y se quedaba todas las tardes conmigo. Cuando no iba yo sabía que estaba contigo en el cementerio. Hasta que un día quedé embarazada y para que el niño pudiera nacer tuve que pagar con mi vida...

No te creo, gorda, pero ya que estás aquí en el paraíso celestial, con esas alas de yo *no fui* y ese trasero inconfundible que se parece al nevado del Ruiz a punto de explotar, no me queda otra alternativa que creerte y aceptarte, pues al fin al cabo, aquí en la bóveda celeste, todos somos iguales.

- ¿Y él? Cuéntame de él...

- El, luego que supo que tú y yo estábamos muertas, se sumió en el silencio más profundo, y empezó a ir todas las noches al bar.

- ¿A Fantasio?

- Si, a Fantasio. Era como si nunca se quisiera desprender de nosotras.

- ¿Y tarareaba «Capullito de alhelí», la canción del Jefe que más le gustaba?

- Si, hasta que lo enamoró Ana Milena, la paisa. ¿Te acordás de Ana Milena, la pereirana?

- ¡Esa lo que es no entra al cielo!

- Y Blanca Barona ¿la dueña de Fantasio?

- Esa tampoco.

- ¿Y Myriam Bocanegra Martínez?

- Menos.

- ¿Celia Cruz Alfonso?

- Vamos a pensarlo.

Bueno, negra, pero organicémonos mejor estas alas y maquillémonos un poco esta palidez, que de pronto llega El Jefe y nos encuentra desarregladas.

Cali, 1990

CON LAS RUBIAS NO HAY MANERA

«Betty pidió bailar y tenía que acabar pagándole a la orquesta. Nada es gratis en esta vida».

James Ellroy.

-Para Mayú Jaramillo, corazón de Jade.

A nueve años, tres meses y diecisiete días del año dos mil, la gente lo que pide es candela. Miguel Borrero, el hombre de la sonrisa de cristal, me lo dijo:

«¡Candela! ¡La gente lo que quiere es candela!», y con vaso de Tres esquinas, hielo y tajadas de limón, a medio servir, se movía en medio de la noche, tratando de seguirle el paso a una rubia exuberante que venía del norte profundo. Miguel Borrero no la conocía, pero apenas la vio resplandecer con su vestido negro y sus medias de seda negras, le cayó como un gallinazo y no la soltó hasta el amanecer.

Era el clásico *free-lance* de las grandes ciudades -como él mismo decía- y se sentía orgulloso de su profesión, sobre todo, cuando estaba al frente de esas rubias altas e inalcanzables que suelen abandonar por una noche el nortecito profundo, para irse a mezclar entre la gente. «Oye, ¿y tú qué haces?» «¿Yo?» y, echándose para atrás como un cantante de *free-jazz*, contestaba con una sonora carcajada: «¿Yo? ¡Yo soy *free-lance!*».

Era para no creerle. Detrás de esa fina y afelpada piel, yo sabía que se escondía el alma de un bailarín. Su figura no muy alta y espigada (extraña combinación de un Dustin Hoffman con Woody Allen), realmente le ayudaba. No es exagerado decirlo, pero Miguel Borrero era uno de esos bailarines espléndidos que se deslizan suave y con habilidad por la pista, sabiendo siempre lo que quieren. Al bailar todo su cuerpo se iluminaba y, como pocos bailarines de hoy en día que creen que el arte de la danza consiste en desbaratarse en el piso y azotar a la pareja, Miguel Borrero se movía con esa magia envolvente y sutil, llena de audacia e imaginación, que tanto anima y excita a las mujeres. Era -como dicen los curadores de museos al hablar de un Rembrandt o de un Tiziano-, todo un clásico, y lo peor de todo era que Miguel Borrero se lo creía y se lo hacía creer a todas las mujeres.

Como tantas veces en las que a mí me había tocado jugar el ingrato papel de cómplice incondicional de Miguel Borrero, yo sabía que esta noche, como las anteriores, iba a ser igual a todas; y bebiendo un trago de ron Tres Esquinas, esperé desde mi rincón a que comenzara el *show* que siempre hacía mi amigo, cada vez que lo deslumbraba una nueva pareja.

« ¿Ves esa rubia que acaba de aparecer en la puerta? »
«Claro -le contesté- cómo no la voy a ver», y chocando su vaso de Tres Esquinas contra el mío, añadió:

«Esa rubia, aunque no lo creas, esta noche va a ser mía».

Miré a la rubia a través del cristal que tenía en las manos, y por un instante dudé que ella pudiera tener algo con Miguel Borrero; era tan alta para él y tan esbelta, que no me imaginaba cómo iba a hacer mi amigo para convencerla. Pero en esta vida, como cada quien inventa sus armas para lograr lo que quiere, recordé que después de todo, Miguel Borrero era un buen muchacho y, aparte de su profesión *de free-lance* que siempre la ponía en alto como un gastado estandarte, era, ante todo, un estupendo bailarín. «Ojalá no te vayas a estrellar con esa rubia», pensé mientras me servía otro vaso de Tres Esquinas y, Miguelito, como impulsado por ese oscuro y nefasto pensamiento, se lanzó con todo hacia donde ella estaba.

« ¿Bailamos? », le dijo con ese tono melodioso y susurrante que siempre usaba cada vez que estaba frente a una mujer, y la rubia, que ahora resplandecía con más furor en el centro de la pista, aceptó bailar. Miguel la tomó en los brazos y al escuchar los primeros acordes anunciados por una trompeta, la cogió por la cintura y la fue envolviendo con esa magia hechizante que producían sus movimientos.

«*En la vida hay amores que nunca pueden olvidarse*», en *el Sonny* se escuchó la voz de Tito Rodríguez, el inolvidable y, la rubia apagando sus ojos se fue entregando en los brazos de Miguel.

Dicen que las parejas se unen en la desgracia. Yo los miré a través del cristal y, por un instante pensé que esas palabras, por el momento, no le cabían a Miguel. Estaban tan entregados el uno para el otro, tan seguros de sí mismos que nadie podía anunciarles lo peor; por el contrario, al contemplarlos, podría decirse que hacían la pareja ideal, la pareja perfecta y, tomando la botella de Tres Esquinas esta vez me *serví* un trago doble y

brindé por la suerte de mi amigo. «Salud, Miguel», dije pleno de alegría y una voz que venía de lo más profundo de la noche, me contestó: «¡Salud!».

La noche cálida y chisporroteante avanzaba veloz y se iba esfumando tan rápido como el ron que consumíamos. Ahora la voz de Tito Rodríguez se había apagado en medio de la noche. Entonces, fue cuando se produjo lo inevitable. La rubia, con sus gráciles y ondulados movimientos se despegó de Miguel y, dejándolo abandonado en el centro de la pista, se sentó a mi lado. «Hola, querido -me dijo-, ¿puedo beber un trago contigo?», y yo que no podía vivir sin un trago entre mis manos, esta vez serví dos dobles, y me quedé contemplando la figura solitaria de mi amigo que empezaba a tambalearse en la pista. La rubia se bebió el trago y, poniendo sus dos hermosas manos sobre mis hombros, me propuso que bailáramos.

«No -le dije - yo no bailo». «Entonces, ¿usted qué hace». «Yo sólo bebo; el que baila la está esperando allá, en la pista», y señalé con el pico de la botella donde estaba mi amigo. La rubia se sirvió otro trago y, pegándose a mi cuerpo como una lapa, me dijo: «No sea malo, hombre; lo que pasa es que su amigo está borracho», y soltó una carcajada que quedó resonando en mis oídos.

Yo volví a mirar hacia la pista y, efectivamente, Miguel parecía otra persona. Sus movimientos, antes armónicos y equilibrados, ahora eran torpes y desarticulados.

Podría decirse que eran los movimientos de un borracho, pero en la expresión de su rostro había algo extraño, como si estuviera drogado, o lo hubieran embrujado. Y sentado cerca de la rubia, esta vez dije algo como para justificar el estado lamentable en el que había quedado mi amigo: «No sé, lo que pasa es que cuando yo bebo a él le hace daño» y, no había terminado de hablar, cuando la rubia me arrastró hacia la pista. «Va a ver -me dijo-cómo bailamos de bien» y, al verme enlazado por sus brazos, sentí un malestar delicioso que me iba recorriendo todo el cuerpo, y me iba dejando como un muñeco perdido en medio de la noche.

¡Candela! -fue lo único que alcancé a recordar de aquella noche-¡La gente quiere es candela!

Chía, 1988.

IBIZAOLIVEIRA

A Coco y Átala Lozano.

-1-

Ibiza Oliveira era una joven estudiante que trabajaba en un cine para completar el pago de su alquiler. El día que el público se comportaba amable, Ibiza disponía de algunas monedas de más para su gasto personal; pero esta amabilidad, muchas veces dibujada de sonrisas agrias y vacías, todavía no se había convertido en regla.

Ibiza Oliveira venía de un país tropical donde las mujeres al caminar se mueven como las palmeras. Su cabeza era un montón de selva de difícil acceso; su Conchita, por el contrario, era una playa despejada ideal para broncearse; pero asimismo inaccesible. Su oficio era fácil y sencillo de contar, pero como pocos en la vida, el oficio de Ibiza Oliveira tenía su misterio.

La casilla de los tiquetes estaba ubicada en el centro, a la derecha había un letrero que decía «Balcón» y a la izquierda había otro que decía «Platea». Para ir a «Platea» había que descender unas escaleras. Este era el escenario de rutina de Ibiza. El público hacía la cola delante de la ventanilla, después de obtener el tiquete decidía si tomaba la derecha o prefería mejor bajar hasta «Platea». El público venía siempre con la idea de alimentar sus sueños. Ibiza Oliveira esperaba a que el cliente decidiera su camino y, una vez elegido, lo guiaba como a un ciego hasta la sala oscura. Tenía lista siempre una lámpara de mano. En la penumbra, arropada bajo la luna que dejaba la linterna, Ibiza Oliveira les rompía el tiquete y los clientes a cambio de esto, le ponían una moneda en sus manos.

Era normal que el cliente al entregarle la moneda, aprovechara la oscuridad y le rozara sus manos que eran grandes; pero lo extraño es que Ibiza luego de recibirla, no aparecía en la ventanilla (donde otros clientes esperaban) sino después de un determinado tiempo. Poco importaba si el hombre fuera joven o no, *pero Ibiza*, que así le llamaban sus amigos, se tomaba su tiempo antes de subir a la ventanilla donde otros clientes aguardaban.

-2-

El hombre solía ir al cine todos los días del año. La única vez que no asistió, fue el día de su boda. Todos los asuntos de su vida los había organizado en función de que ninguno le estropeará esta actividad que se había convertido con los años en una maravillosa rutina. Sus funciones en el banco las había organizado todas en horas de la mañana. Si en algún momento un negocio se hacía inaplazable, aceptaba almorzar con el cliente, pero luego, después de las dos, la vida la tenía destinada al cine. Pasado el almuerzo, tomaba una ducha, se cambiaba de traje y salía rumbo al teatro con el periódico debajo del brazo.

Era un hombre más bien delgado. A veces, si se lo observaba de frente por un rato, daba la impresión de estar de perfil; por eso era mejor mirarlo siempre de lado para no equivocarse. Pero nadie sospechaba la pasión secreta que él tenía por el cine; ni sus colegas del banco que preferían el fútbol o en su defecto, el alcohol; ni su mujer que lo abandonó poniendo como señuelo aquella palabrita morbosa que une y purifica a los hombres: la fidelidad.

Antonio Montes que así figuraba en la partida de matrimonio, llegaba puntual al teatro, hacía la cola y compraba el tiquete. A veces se sonreía con la señorita de la ventanilla, pero esto pasaba una o dos veces en el año. Luego, bajaba (desde que se dio cuenta que en el mundo había una cosa llamada cine. Montes -como le decían sus enemigos-, nunca abandonaría ese lugar) y esperaba a que Ibiza Oliveira se desembarazara de un cliente. Antonio Montes terminaría su día sentado en ese fondo oscuro, tratando de buscar algo que se le había perdido en el curso roto de sus días.

-3-

Ibiza Oliveira era la única que conocía su necesidad enfermiza por el cine. Pero a Ibiza no le importaba. Ibiza Oliveira no estaba allí por los hombres, sino por las monedas; pero entre tantos clientes prolíficos, Ibiza tenía preferencias por ese hombre extraño. Apenas Antonio Montes pisaba las puertas del teatro, Ibiza empezaba a temblar. El único que se daba cuenta de sus temblores era el propio Montes. Pero nunca le dijo nada. Montes bajaba las escaleras y esperaba en el umbral

de la puerta. Ella, atareada con otro cliente, lo veía calcado en la sombra y haciendo la que corría sin necesidad de correr, se le acercaba -a una distancia prudente- y le pedía el tiquete. Pero apenas el hombre le ponía el tiquete en sus manos, el temblor de antes ahora volvía a su cuerpo con más fuerza; era un temblor que lo invadía todo tornando la operación cada vez más difícil, pues ya no había luz en la sala, los reflectores habían botado su último chorro de luz en el vacío y la cinta comenzaba a rodar. Pasados cinco minutos, Ibiza subía e instalándose en un taburete se ponía a charlar con la taquillera. Su tema favorito eran los hombres. Es la misma cosa cuando los hombres se ponen a charlar entre ellos. La charla siempre se abría con la misma pregunta: «¿Cuánto te hiciste esta vez?», e Ibiza empezaba a esponjarse y a ponerse deliciosa como una fruta de mar.

Adentro, la película contaba otro sueño. Diana, que así figuraba en el acta de nacimiento, e Ibiza oían desde afuera la película y se la aprendían de memoria. «Escucha, Diana, ya van a matar al tipo», y al minuto exacto, sonaba un disparo roto y ensordecedor en la sala.

Cuando las mujeres se habían cansado de contar todo lo que se debían contar, empezaban a inventarse historias que jamás habían sucedido pero que podrían llegar a ser ciertas algún día; o se ponían a tejer esperando a que la película terminara y la gente saliera de aquel sueño. Diana e Ibiza escuchaban la música usada que anunciaba la escena final y se alistaban para la próxima función. El público desocupaba la sala y subiendo a tientas las escaleras buscaba afanosamente la luz del día que venía de perder. Todos, sin excepción, llevaban una cara de recién levantados.

-4-

El 8 de octubre, el público asistió al cine como de costumbre. Se pasaba una película de vaqueros donde el héroe se muere de un descuido. Ibiza Oliveira tomó la lámpara en sus grandes manos y empezó a trabajar sin ganas. Subía, cogía una pareja, les iluminaba el recorrido y, a cambio de esto, recibía una moneda. Cuando subió por el último cliente, se asombró de ver la figura delgada de Montes que la esperaba al pie de la ventanilla. Montes no tenía por qué estar ese día en

el teatro. Sin embargo, Ibiza no dijo nada. No tenía por qué decir algo. Ibiza prendió la luz de la lámpara y lo condujo hasta el hueco negro. Lo único anormal que vio fueron los guantes de cuero que llevaba puestos. Ibiza rompió el boleto y al entregárselo, Montes estrenó por primera vez sus guantes.

Diana se puso a hacer la contabilidad en la ventanilla. A los quince minutos de estar jugando con cifras ajenas, se dio cuenta que Ibiza aún no había subido. Diana no se preocupó. Terminó de sumar con los dedos y se puso a bostezar de tedio. A la media hora Ibiza Oliveira continuaba en «Platea». «¿Por qué se queda a ver una película que ya sabe de memoria?», pensó Diana y estiró sus finas piernas. Diana iba a pararse a descansar de estar sentada, cuando apareció Ibiza corriendo sin necesidad de correr. Traía el rostro aturdido. «¿Que te pasa?», preguntó Diana, «Nada, dijo Ibiza, es la luz que me enceguece», y sentándose en el taburete hizo como si tuviera un sucio en el ojo. Luego, se dedicaron a repetirse los cuentos que ya se habían contado y a tejer como madres solteras, hasta que sonó la música fatídica que volvió a hacer hablar a Diana. «Escucha Ibiza, ya van a matar al tipo», y al minuto exacto sonó el disparo roto y ensordecedor en toda la sala.

-5-

La película terminó. El público empezó a salir por un costado mientras nueva gente esperaba haciendo cola para la siguiente función. Cuando Montes iba al cine, Ibiza solía pararse al pie de la puerta y pretextando un gesto de amabilidad con la gente, lo veía pasar por última vez hasta que el hombre que, además de su extremada delgadez, se le venía pronunciando la cabeza de manera grave, se perdía por una calle anónima y grisácea. Ibiza lo sabía cuando ella lo esperaba al pie de la puerta. Era una manera de decirle, «buenas noches, amor mío, espero que duermas bien y sueñes con los ángeles»; era, de cierta manera, un ritual simbólico para no perderlo.

Aquel día, Ibiza esperó como de costumbre al pie de la puerta, vio pasar mucha gente, pero Montes no se encontraba entre el público. Ibiza esperó hasta que saliera el último espectador con la esperanza de que «se hubiera rezagado en algún lugar y de un momento a otro, hiciera su aparición», pero Montes no daba señales de vida. Ibiza no entendía nada,

entonces cerró la puerta y empujando entre la gente que esperaba al otro lado, bajó a buscarlo a la sala.» ¿A dónde vas?», le gritó Diana desde la ventanilla, pero ella no oyó nada.

Abajo, en la sala, lo buscó con sus grandes ojos pero la sala estaba desocupada, entró al baño de los hombres y no había nadie, entró al baño de las mujeres y allí sólo encontró a la aseadora que acostumbraba dormir sobre una de las tazas, entonces le preguntó por el hombre, y la aseadora no había visto ni sabía nada; pero apenas volvió a salir alcanzó a ver que sobre la pantalla pasaba algo. Muda, temblando de emoción, luchaba por comprender lo que estaba al frente de sus ojos, y no podía creerlo: Antonio Montes reflejado en el celuloide caminaba en cámara lenta, con su cabeza un tanto aplanada en la parte de atrás, y una estúpida sonrisa que se había hecho arreglar para ese día; ella iba a su lado, vestida de novia, con un ramillete de flores en sus manos y los ojos bañados en lágrimas.

Temblando de dolor, ella quiso arrancarlo de su lado, pero el dolor que tenía por dentro era más agudo y punzante; ella misma se veía reflejada y no podía creerlo; el vestido de novia, los zapatos destalonados haciendo juego con el color de las flores, y los guantes. No podía creerlo, entonces, quiso correr, huir y avanzar hasta un lugar donde no pudiera verlo, ni sentirlo, donde no pudiera saber ni entender nada de su sonrisita estúpida, -sobre todo de eso-, pero al mismo tiempo ella sabía que no podía hacerlo, que cualquier impulso de escapar era simple y llanamente un esfuerzo inútil.

Ibiza Oliveira vivía atrapada desde hacía tiempos en la peligrosa red que le había tendido Antonio Montes, ese fanático del cine.

París, 1983

UN CADÁVER AMBULANTE

A su majestad, Joe Arroyo

Date cuenta, me dijo, cuando el mundo llama del otro lado de la puerta, no hay nada que hacer; y arreglándose el *smoking* que parecía prestado, se sentó en mi mesa y empezó a contar con esa voz carrasposa y trasnochada de los viejos cantantes.

No sé cuándo empezó todo esto. Tú sabes... Cuando yo lo conocí tenía trece años, y andaba por las calles de la ciudad con una caja de embolar y una pelota de trapo. Decía que quería ser cantante, como yo, y a mí me daba risa porque para ser cantante se necesita tener alma. Tú sabes.... La música es un sentimiento y si no lo tienes, es mejor que te dediques a otra cosa.

El negro, grande y pesado, hablaba con esa voz grave de patriarca, y cada vez que mencionaba al muchacho, sus ojos se inundaban de lágrimas.

Tenía trece años cuando llegó del puerto. Tú sabes... Lo que significan trece años. La edad de los poetas. Pero el muchacho no tenía alma de poeta, ni de cantante, ni de nada. Si querés, tenía alma de negro, como yo, y vivía de los marineros que le regalaban un dólar, cada vez que él les mostraba un burdel. Luego, aburrido de transportar marineros que no hablaban una pizca de español, se embarcó en un bus que venía hasta la ciudad, y aquí se quedó.

Ya vas a ver qué pasó en la ciudad. Como aquí no había marineros, le tocó hacer de todo, para conseguir «el chute» como él le decía a la comida. Bueno, empezó lavando carros en una bomba y, de paso, a meter gasolina; después, vendió periódicos, y creo que fue aquí donde descubrió que tenía voz de cantante. Imaginate, ¡voz de cantante! «¡El Paííísss!» «¡El Tiempoooj!» «¡El Espectadorrr!», voceaba con esa jeta horrible de negro, y se le metió en la cabeza que lo suyo era el canto.

Del periódico un buen día lo echaron (se había comido el dinero de una edición dominical); entonces, solo y abandonado en una ciudad donde no hay y nunca habrá marineros, pensó en la idea de la cajita de embolar. Ya tú ves, *mi pana*, como es que se van haciendo los cantantes en esta ciudad.

La idea no era mala. Con una caja de embolar tú puedes trabajar independiente y, lo mejor, sin un patrón a quien rendirle cuentas.

Yo lo conocí en aquella época, en la «Trucha Golosa, donde íbamos a comer con los muchachos; y fue algo maravilloso y triste al mismo tiempo. Como para reventarse de la risa. Estaba en la mesa peleando» con un pargo rojo y con los mucjachos (creo que discutíamos un problema de ritmo), cuando viene y se acerca un negrito con una caja de embolar, y me dice: «Embolo, ¿señor?». Como estoy muy ocupado, no le hago caso y le contesto con una grosería. Tú sabes... El problema de comerse un pargo rojo y estar hablando al mismo tiempo den ritmo, es algo delicado. Entonces, para quitármelo de encima, le digo: «Sí, rero no me vas a estropear los zapatos, negro». Y allí mismo se sienta y empieza a darle a mis zapavos con el trapo de brillar y el cepillo. ¡Imagínate! ¡Un negro brillándole nos zapatos a otro negro!

Era de verdad, triste la escena y, no había terminado de pensar en todo «esto, cuando el «negro se pone a cantar y a llevar el ritmo con el trapo de brillar y el cepillo. ¡Aquí fue el acabóse! ¡No te imaginas cómo cantaba y llevaba al mismo tiempo el ritmo! Y esa misma noche le presté *mi smoking* y unos zapatos viejos y lo llevé a tocar con la banda. ¡Era fantástico! Créeme, viejo. ¡Fantástico! ¡Había que oírlo cómo cantaba y tocaba al mismo tiempo los timbales! Con su voz de metal subía y bajaba por todas las escalas como Pedro por su casa. No sé, en él se conjugaban cierta gracia, cierto *ángel* que hoy es difícil encontrar entre los músicos.

Y empezó a tocar con la banda. Al principio no fue fácil. Tú sabes... Los celos. Las envidias. El profesionalismo entre los muchachos. Pero más tarde, todo rodó como a pedir de boca, pues el negro no sólo era un gran músico, sino un gran muchacho y, comenzó a trabar amistad hasta con Viloría, el contrabajista, que como no tiene mujer, dicen que todos los días se desayuna con cucarachas.

¡Había que oírlo *¿cómo cantaba y tocaba de bien los timbales!* Si te contara que en esos días nos dio por inaugurar un nuevo ritmo. *¿Cómo era que se llamaba, hermano ? El changüirí y, pegó tan fuerte entre la gente, que por un momento temimos que iba a desplazar al boogaloo, que estuvo de moda en el sesenta y cinco.*

¡No te imaginas a ese negrito que una noche se acercó por aquí con una caja de embolar y una pelota de trapo! En menos de un año todo el mundo lo conocía, se había vuelto muy popular, la gente cansada del viejo traqueteo de los años cincuenta, al descubrir en él algo nuevo y al mismo tiempo emocionante, lo fue subiendo hasta el pináculo de la fama, a donde sólo tienen acceso los ídolos, los dioses; y una noche, en medio del sonido metálico que producen las trompetas y los saxos, lo proclamó «rey» como a Tito Rodríguez, el inolvidable, cuando cantó por última vez en el Madison Square Garden.

Era increíble. Esa capacidad que tenía de electrizar a la gente, de desdoblarse en el escenario. Cuando subía a cantar y tomaba el micrófono y empezaba a modular los primeros compases, no te imaginas cómo agarraba a la gente y la transportaba hasta los profundos límites del paroxismo delirante.

Pero ese delirio, desafortunadamente, duró muy poco. ¿Recuerdas lo que dijo Tito aquella noche en el Madison? Bueno, palabras más, palabras menos, eso mismo fue lo que dijo el negro una noche que salíamos de aquí en dirección a la Trucha Golosa. Algo de la fama. Algo así como que la fama lo estaba matando, y a partir de ese momento el negro se vino abajo. Fue como si le hubiera caído la roya. ¡Había que verlo cómo llegaba a los ensayos y, después, en la noche, cuando tenía que pararse en el escenario! Era una verdadera lástima. ¡Si se equivocara en una frase! ¡Pero no! El hombre no sólo se enredaba en el fraseo, sino que perdía el compás, perdía el ritmo, se cruzaba con los coros y, lo peor, lo que nunca se le puede perdonar a un músico serio. ¡Se de-sa-fí-na-ba!.

¡La fama,! me decía. ¡La fama! Detrás de esto no puede haber otra cosa sino droga. Droga y mujeres que es lo único que consigues en este bendito oficio. Y sabe qué *¿familia?* Empecé a marcarlo. Sí. Como si fuera Valderrama.» Qué pasa, *grone*, decíme la verdad, ¿ya no te gusta la música?»

En los últimos días que lo vi había comprado unas gafas oscuras que le ocultaban los ojos y, andaba con una muchacha de piel canela y pelo castaño, a quien le decían «Ese oscuro objeto del deseo». No sé *hermano*, tú qué puedas pensar de esto. Tú que tocas como los dioses las negras y las blancas. Y cuando el viejo cantante se disponía a secarse las lágrimas,

entró un negro alto y delgado, que por la forma como andaba, parecía que viniera del otro mundo. Sus ojos hundidos y su figura andrajosa y demacrada lo hacían ver como un fantasma o como alguien que ha sido apaleado por la vida. Entró sin saludar a nadie, y dirigiéndose al escenario, tomó el micrófono y se puso a cantar. Cantaba como un sinsonte. El viejo apaleado hasta el fondo de su corazón por su música, ahora parecía un ser alucinado. No sabía si reír o llorar; y tomándome por los hombros, preguntó: «¿Cómo te parece, hermano?». Y yo, que iba sintiendo cómo esa voz me arrastraba hasta el delirio, lo abracé con ternura, y le dije; «Es un gran cantante, sin duda; pero lástima, parece un cadáver ambulante».

Bogotá, 1988

DESPEDIDA DE SOLTERO

A Ignacio Ramírez, el Cónsul

La noche cálida y chisporroteante aún no se había extendido sobre el ancho Valle sembrado de cañaduzales, cuando tres hombres que llegaron en un suntuoso *Land Cruiser*, penetraron en el bailadero. Echaron una ojeada al interior del establecimiento como si se les hubiera perdido algo y, al descubrir la única mesa vacía que quedaba justo al pie de una baranda, se dirigieron hacia allá y se acomodaron en los asientos.

- Ah -suspiró Quintero que parecía el más gracioso de todos-. Por fin, estamos juntos; como en los viejos tiempos. Esto, de verdad, es maravilloso. ¿Qué vamos a beber, muchachos?

- Whisky -dijo el negro que se había sentado a la derecha-

- Yo prefiero aguardiente, - dijo el tercero, a quien le había tocado el lado de la baranda-

El primero era un hombre alto y gordo al que apodaban «reyena» con «y» griega, y era el más hablador y el más gracioso de todos. El segundo era un negro que hablaba poco (lo único que había aprendido a decir en la vida era «whisky» y «si usted lo dice»), pero cuando reía mostraba una dentadura blanca y refulgente, que era como el piano de Eddie Palmieri en plena descarga. El tercero era Carvajal, y era el más joven y el más inexperto de todos; y al otro día, como si la vida fuera un sueño, se iba a casar.

- ¡Es increíble! ¡Te tuviste que casar para volvernos a ver! Oye, Carvajal, y ¿quién es la víctima? - El mesero trajo en una bandeja whisky y aguardiente acompañados de hielo, soda y limón y, Carvajal azarado por tamaña pregunta, intentó ocultarse vanamente entre la mesa que estaba servida-. Ahora no nos vas a salir con el cuento de que es esa rubia desteñida que te conocimos la otra noche....

- Nooo, -dijo Carvajal tratando de sonreír y, enseguida, una mueca agria se le dibujó en el rostro-

- Tranquilo, Carvajal, mientras todo en la vida se haga por amor... Bueno, vamos a brindar. ¡Esto, de verdad, es un gran acontecimiento! - Y el mesero, que había estado esperando en silencio con los brazos atrás, sirvió en los vasos dos whiskies

en las rocas y un aguardiente-.

-¡Salud, Carvajal! ¡Que todo sea por tu matrimonio!

-¡Salud!

Y los tres hombres chocaron sus vasos y bebieron el primer trago de la noche que les pasó quemándoles la garganta.

El bailadero, situado entre la carretera central y un brazo de río que se había desprendido de su cauce inicial, era un kiosco hecho de palma, guadua y cañabrava, que desde afuera parecía un barco que hubiera encallado. Adentro era un palacio de fantasía con su deslumbrante bar y una espejeante pista de acrílico, donde la gente se podía ver mientras bailaba. Quintero despidió al mesero con un ademán amistoso y, dirigiéndose a Carvajal, le dijo:

- Bueno, muchacho, esperamos que esta noche te diviertas de lo lindo. Pide no más lo que quieras, que esta noche es tuya. - Y Carvajal, desconcertado por la situación, no sólo era incapaz de comprender la extraña benevolencia de sus amigos, sino que no entendía por qué razón lo habían traído a un lugar como éste, que podía servir para todo, menos para despedir a un amigo que al otro día se iba a casar.» Muchachos, ¿por qué no nos vamos a otro sitio donde podamos hablar?»- pensó decirles Carvajal, pero ya Quintero había hecho sentar a una muchacha que andaba suelta por el bailadero, y había mandado a pedir *una picada*.

- ¿Con rellena? -, preguntó el mesero que usaba perfil de puta ambidextra, y Quintero, dirigiéndose a Carvajal, le preguntó:

- ¿Te gusta?

- ¿Qué? ¿La rellena?

- No pendejo, la muchacha.

Y Carvajal por primera vez sonrió.

La brisa que venía del río entró en suaves oleadas por entre la baranda, trayendo un olor penetrante a caña de azúcar y a agua podrida. Quintero aspiró aquel aire tibio y viscoso y, sirviendo una nueva ronda, recordó el día en que los tres se conocieron en la escuela y luego cuando se hicieron amigos. Carvajal venía acompañado de su madre y él y el negro que vivían a la vuelta de la escuela, venían solos.

- Desde niño siempre fuiste muy inteligente. ¿Recuerdas que tú eras el que nos soplabas en los exámenes y nos hacías las tareas?.

-Sí, lo recuerdo.

- ¿Y que una vez casi te pescan por estar ayudándole a este negro bruto?

- Sí.

- Porque éste sí que era bien bruto, -y con su dedo gordo y torcido que parecía una salchicha, señaló al negro que no se separaba del whisky-. Hey, negro, ¿por fin aprendiste a leer de corrido y a escribir sin horrores de ortografía?

Y el negro que había estado todo el tiempo en silencio, bebiendo whisky, dijo:

-Si usted lo dice...

Cuando el mesero llegó con *la picada* y la puso en el centro de la mesa, el *disjockey* suspendió la música y anunció la orquesta invitada que iba a tocar esa noche. *La picada* servida en una bandeja de aluminio, era como una vaca despernancada con las tripas afuera, y traía un poco de todo: carne, bofe, chunchulo, papa amarilla, plátano, chicharrón de cerdo y trozos de rellena sangrantes. Quintero cogió una y, no se la había embutido en la boca, que era oscura y profunda como un tubo de brea, cuando la orquesta empezó a sonar los primeros acordes.

- Bueno, Carvajal -dijo con la boca llena- ¡ahora sí empezó la rumba! ¿Te gusta la orquesta?

Carvajal que se sentía incómodo, miró por primera vez hacia el vacío que producía la baranda, y asintió con la cabeza.

-Bueno, vamos a bailar, que aquí no te hemos traído para que nos cantes el rosario. - Y con la boca que seguía tapada de trozos de rellena con papa amarilla, preguntó:

- ¿Te gusta la muchacha?

-¿Cuál?

- Ay, Carvajal, ahora no te vengas a hacer el idiota. ¿Te gusta o no te gusta? Porque si no es así, ahora mismo te traemos a una hembra más bonita, que esa rubia desteñida con la que te vas a encartar mañana. ¿Cómo es qu'es, negro? «AMARILLA-BLANCA-DESTEÑIDA. COLOR: NALGA».

-Y mientras ambos voceaban a coro, golpeándose las palmas de las manos para celebrar la lisonja, Quintero le hizo un guiño a la muchacha que había andado suelta por el bailadero y que ahora estaba sentada al lado de Carvajal, para que se marchara y, enseguida, se paró y trajo de la mano a una mujer

alta y esbelta, que usaba un vestido negro, ajustado a su cuerpo, y la sentó a la mesa.

- Ahora no nos vas a salir con que ésta tampoco te gusta. Oye, linda; dile a este galán cómo te llamas. ¿Te provoca una rellena?

Carvajal volvió a mirar hacia el fondo de la baranda como si quisiera lanzarse al vacío y, acorralado y solitario como un perro indefenso, esta vez pensó en su mujer, en lo buena y cariñosa que era y, en el amor profundo que los uniría a partir de mañana, apenas él lograra desembarazarse de estos cafres, y llegar hasta donde el juez. «Si supieras cómo te han tratado estos dementes crapulosos», pensó, y en su mente confundida se dibujaban pensamientos oscuros y sombríos.

Quintero, quien estaba al frente de la pareja y cada vez bebía con más pasión, le hizo un guiño a la mujer de negro y, ésta, con su mano esmaltada que sobresalía de su vestido, cogió a Carvajal de un brazo y lo arrastró hasta la pista. Carvajal, quien sabía bailar pero que por su extremada timidez solía equivocarse, se vio arrastrado por un fuerte ciclón que, con sus tentáculos, lo sacudía una y otra vez, como sólo lo saben hacer estas hermosas criaturas; y esto no terminó hasta que la orquesta sonó sus últimos acordes.

Mientras tanto, desde la mesa, Quintero y el negro aplaudían y, cuando la pareja se sentó de nuevo, Quintero ordenó:

- Bueno, vámonos; pero antes quisiera obsequiarles un regalo, porque ustedes son la pareja perfecta. Negro, por favor....

- Y el negro sacó de su bolsillo un par de regalos del tamaño de una caja de fósforos, y se los dio a cada uno. Carvajal y la mujer los abrieron, y apenas Carvajal descubrió lo que había dentro, explotó:

- Pero ¿qué es esto? ¿Ustedes por qué me hacen esto?. En cada regalo había una cadena de oro, de donde pendía una pareja de esqueletos haciendo el amor.

Quintero y el negro, que no podían aguantar la risa, se pararon y se dirigieron a la puerta.

- Pero ¡¿qué pasa, muchachos?! ¡¿Ustedes por qué me hacen esto?! - decía Carvajal, mientras se desprendía con dificultad de la baranda; y Quintero y el negro muertos de la risa, buscaban con ansiedad la salida hacia la calle.

- ¿Por qué?!, -gritó Carvajal, y su grito, que era opaco e impotente, quedó ahogado por la música que salía de la orquesta.

- Porque la vida es una física mierda. Y salieron.

Atrás, quedaba flotando en el ambiente un olor a caña de azúcar y agua podrida.

El Chorro del Indio, 1989

LA PAGODA DEL HUMO

Para Juan Manuel Roca, ciudadano de la noche

De nuevo, una noche más. Cuando salí del cine y vi cómo la luz tibia y abrasadora se estiraba igual que gata en celo a lo largo y ancho de la ciudad, me dije: «Caramba!» «¡Qué noche!»; y todavía sin poder comprender por qué ella había decidido marcharse, subí por la setenta y dos hacia los cerros y, dejándome arrastrar por ese río lumínico y espejeante que atraviesa la ciudad de sur a norte, empecé a caminar con un aire fresco y desprevenido.

Era una noche fascinante, llena de tonos azules y violetas, y traía envuelta en su interior un aroma tibio y excitante que invitaba a algo maravilloso.

Empecé a caminar por la avenida que a esas horas de la noche parece una paleta de cristal derretido y, por primera vez, me sentí un hombre feliz. La noche anterior había peleado con mi amiga la psicóloga y, ahora, luego de un duelo tenaz que duró diecisiete horas y media, me encontraba solo pero feliz.

Avancé bordeando la línea azulada de los cerros y, cuando llegué a la esquina de la séptima con sesenta y tres, ráfagas de viento que olían a eucalipto limpiaron por un momento la atmósfera turbia que habían dejado los autos sobre la avenida. Fue en aquel momento cuando recordé que alguna vez había escrito en mi agenda color magenta, una nota que decía:

«Estoy llegando a la conclusión
de que ahora más que nunca
necesito a una psicóloga o a una enfermera».

Y como había acabado de romper con María Dolores Arango, psicóloga lacaniana de la Universidad de Antioquia de Medellín, pensé entonces en la posibilidad de una enfermera. «¿Por qué no compartir -repetía sin cesar- esta hermosa noche con una en-fermera?». Y continuando por esa arteria palpitante y vital, recordé que a unas cuantas cuerdas de la sesenta y tres, había un lugar llamado *La Pagoda del Humo*, donde acostumbraba ir el personal médico y paramédico de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Y hacia allá me dirigí.

La noche fresca y chispeante como copa de crema de vainilla derretida me acompañaba. Alcancé la cincuenta y tres, luego la cua-renta y cinco y, cuando llegué a la esquina de la séptima con cuarenta y tres, ahí estaba el deslumbrante aviso de mercurio hecho en letras de *grafitti*, justo al frente de la Pontificia Universidad Javeriana:

«LA PAGODA DEL HUMO»

No cover

Y entré. Y cuál no sería mi sorpresa cuando descubrí que en cada mesa había una enfermera. Las reconocí porque a diferencia de otras estudiantes que estaban desperdigadas en las mesas, éstas iban arregladas con su eterno vestido blanco, sus medias blancas que envolvían sus piernas como si estuvieran enyesadas, y sus zapatos blancos. Todas bebían una cerveza rubia y espumosa, muy parecida a la leche y, a cada rato sonreían con ese mohín artificial y desdeñoso, que sólo he visto entre ciertas artistas decadentes.

Y acodándome en la barra pedí un aguardiente.

La Pagoda del Humo había sido una taberna de cierto prestigio en los agitados años sesenta, donde se reunían a platicar artistas e intelectuales de renombre; hoy, después de veinte años, el sitio como espejo deformado de la época, se había convertido en un lugar frívolo, a donde iban las niñas de «La Ponti», para concretar sus relaciones afectivas.

Para aclarar mejor la luz de diferencia existente entre *La Pagoda* de los sesenta y *La Pagoda* de los ochenta, no es necesario aguzar demasiado las neuronas y hacerse a un panorama claro:

Mientras a la primera iba gente fresca y descomplicada, a *La Pagoda* de los ochenta llegaba gente plástica y aconductada que, como dicen los semiólogos, no tenían un «discurso propio y coherente». Desde el punto de vista de las ideas, la gente de los sesenta podía tener un alma *Taif*, idealista y asquerosamente romántica, pero jamás podría compararse con aquel espíritu materialista, propio de *La Pagoda* de los ochenta, donde la vida era puro *business*, sexo y teología del *Burquer king*.

Acodado en la barra, empecé a beber aguardiente a tragos largos y espaciados; la escena que ahora tenía frente al espejo del bar no podía ser más alentadora: allí, muy cerca de mi piel, estaban tres enfermeras con sus cabellos rapados, cortados a la moda, y un maquillaje sutil y balanceado, que las hacía ver más seductoras. Sólo la que llevaba el pelo largo y rizado a lo Margarita Rosa de Francisco, era la fea del paseo (claro que una fea de «La Ponti» equivale a dos bonitas de la Nacional y a cuatro de la Distrital) y, curiosamente, era la que más hablaba.

Ante este estimulante paisaje yo me sentía turbado, y por mi mente pasaban deslumbrantes fantasías, que con una música de Vinicius de Moraes que sonaba de fondo y el aguardiente, me ponían en un estado de excitación y expectativa. La verdad de todo era que lo único que quería era estar con ellas en su mesa, y sentirles sus voces y sus risas, que eran frescas y excitantes como la noche. Pero quizás la misma excitación y el temor a ser rechazado, me impedían abandonar la barra y acercarme a ellas. Entonces, preferí seguir en la barra y desde allí empecé a espiarles sus gestos gracioso-sos que a mi me dejaban extasiado.

Por experiencias pasadas, había aprendido que cuando se está en plena cacería es más efectivo mantenerse en un sitio fijo y a una distancia prudente de la presa.

Pero, ¿cuál de todas iba a ser la presa?, y mi cabeza que

no dejaba de fantasear, daba por descontado a la mujer que con su pelo largo y rizado, era justamente el negativo de la buena actriz Margarita Rosa de Francisco.

«Con tal que no me vaya a tocar esa rubia oxigenada», pensé, y ya estaba dando los consabidos golpes de madera que se acostumbra dar en estas ocasiones, cuando ella me sonrió desde la mesa.

Era una sonrisa tibia y ansiosa, como la sonrisa de Nastasha Kinski en *Tess*, la película que acababa de ver. Y a partir de aquel instante, las cosas tomaron un rumbo inesperado. Ella se acercó a la barra y pidiendo una canción, me preguntó si me gustaba la música. Yo le dije que sí y enseguida ella pidió un disco de Michael Jackson. «¿Te gusta Michael Jackson?» «Depende. Me gustaba más cuando no era blanco», y ella volvió a sonreír, y empezó a llevar el ritmo del disco con sus brazos.

Yo me serví un trago y pensé que lo más bello que tenía era su sonrisa. «¿Y Madonna?» «Me encanta» «¿Por qué?» «Porque me recuerda a Marilyn Monroe». Ella, que no sabía quién era Marilyn, pidió un disco de Madonna y por primera vez nos miramos a los ojos. Yo me serví otro trago y pensé que a pesar de su pelo no era bonita (nunca lo iría a ser), pero tenía una gracia y un encanto tan especial, que hasta el más tímido quedaba hechizado. Entonces, nos quedamos mirando largo rato a los ojos; yo le propuse que fuéramos a mi apartamento y ella, que ahora despotricaba del pelmazo de Julio Iglesias, dijo que sí, y salimos de *La Pagoda del Humo* a buscar un taxi que nos llevó al Bosque Izquierdo, donde yo tenía un pequeño hueco. Y no había sacado las llaves del abrigo y me disponía a abrir, cuando María Dolores Arango, psicóloga lacaniana de la Universidad de Antioquia de Medellín, apareció en el umbral de la puerta.

Cali, 1989

UN CLARINETE PARA LEYTON

A Margarita Márquez

Sí, en el barrio nunca lo quisieron porque desde temprano perturbaba el sueño de los vecinos; ese instrumento de mierda -decían- debía metérselo por donde no le cabe. En casa de los padres le tuvieron compasión, por esto -entre otras cosas- la abandonó cuando apenas cumplió los diecio-cho años. En tres años trabajó un mes, trabajo temporal, el resto vacaciones forzosas. Estas fueron las condiciones que precedieron su relación afectiva con Violeta. No sé si aún viven juntos y en el mismo hueco. No sé si aún se aman...

Leyton, contame en estos diez años qué has hecho, viejo; le decía al hombre de ojos brillantes que miraba por entre el marco de sus lentes de carey... Lo que no he hecho, querrás decir... Se reía y se tragaba un vaso de cerveza y se mojaba el bigote por puro placer. Con Violeta hacíamos el amor a toda hora, nos sobraba tiempo, el estómago era el que se sacrificaba; hoy es todo lo contrario hermano, me sobra el alpiste pero no me queda tiempo... Contame de la Viola, ¿todavía vivís con ella?

Aquí Leyton agachaba la cabeza como un ganso y se callaba. Leyton se negaba hablar de Violeta; sospecho que ya no viven juntos o que lo dejó. Y qué, contá y no me mires con esa cara de culposo, viejo. Una vez la policía tocó a la puerta y casi nos arrestan por hacer ruido... Por qué, no jodás. Sí, mien-tras, yo le daba al clarinete Violeta hacía ejercicios de voz porque se le había metido en el coco que iba a ser la mejor soprano del continente.... Y qué, me imagino que triunfó. No, hombre, no seas optimista y déjame contar. Enero, ilusiones de trabajo; Abril, cumpleaños sin torta pero con un vino barato que nos soltó el estómago; Junio, a broncearse en el patio de la casa; Agosto, nos lanzan a la calle con muebles, cocina y todo, pedimos asilo en casa de un amigo; Septiembre, llega Juan. ¿Te acordás de Juan, el Bebé de Rosemary? y me dice viejo Ley, le conseguí trabajo -y saltaba de la alegría como si eso fuera una fortuna-, ¡la banda de Benson necesita un clarinete! Entonces lustré los zapatos viejitos, acordate, los que sabían bailar y no se perdían *un guaguancó triste* de Richie y me

presenté esa misma tarde donde Benson y sus muchachos; tú sabes, el viejo conocía mi oficio; solamente me dijo, aquí tiene su pala Leyton, sáquele brillo como a usted le gusta; eso sí, nada de droga, ¿eh? Me acerqué donde el secre para pedirle partituras pero éste me sorprendió; no, hombre, no hay tiempo para ensayo, esta misma tarde tenemos un compromiso; póngase el uniforme Leyton, que viajamos.

No me quedó otra alternativa que buscar un saco de solapas grandes, de botones dorados, celeste, y una camisa blanca de pechera almidonada. El cuello tenía costra. Cuando ya casi quedé arreglado tuve conciencia que el caucho del corbatín estaba roto. No tuve vergüenza para hacerle un nudo ciego y colocarme este peligroso aparato a la altura de mi delicado cuello.

Cuando salí, los músicos que apresuradamente empacaban sus instrumentos, hicieron un silencio que sonó con evidencia. Me miraron, hicieron comentarios sobre mí, con este uniforme me siento un payaso, pensé. En el bus luché por hablar con ellos, quería averiguar datos, si pagaban prestaciones, seguro de vida, seguro de muerte, en fin, quería averiguar si a Benson le interesaba un músico o un animal de carga. Pero lo que más me inquietaba era saber quién había sido el clarinete anterior y por qué razón abandonaba esta vacante tan codiciada entre la secta monoteísta de los músicos de la ciudad.

«Jack murió. Hace tres noches tocábamos un *blues* en El Casino cuando oímos que Jack se subía más de la cuenta; medio tono más arriba, quizás. Apenas terminamos Jack se acercó a Benson y le dijo, ¡excúseme, no puedo más!, y salió al baño. Allí vomitó, Benson le siguió, Jack abrazado al inodoro botaba pedazos de hígado por la boca y nariz, Benson le gritó, carajo, ¿qué te has bebido estúpido?».

... Jack salió del hospital dejando una huella colorada por la avenida. Para mí creo que a Jack lo mataron los gritos de Benson, chico; pero nunca digas nada, ¿eh?

Cómo así, Leyton, terrible. Espérate viejo voy al baño, pedí más cerveza -me dijo Leyton-, y se perdió.

Para Leyton el baño siempre había sido un subterfugio. Cuando terminó de acordarse de Jack le sentí los ojos mojados; no aguantó y se fue derecho al baño.

Tal vez allá, en el sitio más concurrido del mundo, piense a Jack, a Benson, a la Viola, se imagine él por allá en el sesenta y cinco tocando de lo lindo con el instrumento que dejó Jack cuando se aburrió de la vida y con el estómago inflado de aire.

A Leyton lo conocí cuando era un adolescente que creía en la economía del lenguaje. Siempre le oí que decía, para qué hablar si el mundo es sordo. Leyton tenía razón, hablaba con su instrumento, sonaba unas filigranas, unos garabatos, ¡por Dios!, tan hondos como si soplara con su alma.

Leyton regresó del baño; los ojos ya no lloraban. ¿Estás bien?, y le di unos golpecitos en la espalda; claro, me dijo y se rió ¿... acaso hace daño visitar el excusado....?

Me veía ridículo -continuaba Leyton- metido en un uniforme que además de haber sido de un muerto, me quedaba grande. Cuando bajamos, el trombón, un viejo grueso y simpático, me dijo:

a Jack sí le lucía, con asco tomé una de las solapas, sentí la grasa humana que Jack me había dejado; la olí, olía a muerto.

Jamás he olido un muerto, te lo juro, pero aquella vez sospeché su aliento... Qué obsesión, viejo Ley, y nos clava-mos la tercera cerveza de la tarde.

Al principio tocamos algo suave, tú sabes, la gente necesita calentarse. Luego tocamos duro, *bebop*, *rock and roll*, sonamos hasta una guaracha cubana de la época de Mella; ¿te acordás, hombre? la tengo en la punta de la lengua, y cada vez que tocaba me sonaba mejor el clarinete; estaba feliz, hermano. Claro, sospechaba... en este clarinete tocó el burro de Jack. Ob-servé la boquilla, estaba gastada en la parte superior. Jack apretaba mucho con los dientes, pensé y me dio fastidio. En el intermedio decidí revisar el instrumento; con tristeza descubrí que las llaves estaban llenas de lama en su parte inferior; pasé los dedos, los miré y quedaron teñidos con ese color bilioso propio de los muertos. Quería ver a Benson y decirle no más, que gracias, que ya no necesitaba el empleo pero Benson se había metido a un cuartico con una rubia. Ahora sí podemos tocar lo que queremos, dijo la trompeta sonriendo por entre los pistones y enseguida ejecutó un solo que me llevó a recordar a *Sachtmó*; no se aflija que a todos nos va a tocar lo mismo; no lo odie que Jack el burrito no sólo era un buen músico sino el mejor amigo. A ver, compa, toquemos a lo Goodman; no, mejor

no ¿se acuerda de Bechet? Claro, cómo no los iba a recordar, si vos sabes que desde que toco los llevo adentro; claro, Parker, el pajarito, que se la pasaba viajando sin meta por los trenes sub-terráneos; Duke Ellington y Chanito Pozo antes de que lo matara una mujer... Claro, pidamos dos cervezas más viejo, viejo.

Leyton había cambiado desde la última vez que lo vi, cuando me llevó a conocer a su Violeta, pero la textura de su alma continuaba siendo la misma. Bueno, me habla de todo, pero nunca de Violeta; alude más al difunto Jack que a su propia mujer. Tal vez es que Leyton hoy en día ame más a los muertos que a los vivos; de todas maneras, es lindo oírlo hablar porque es como si estuviera hablando con su instrumento. ¡Ah!, le gustaban esos registros graves y sincopados, como si estuviera hablando un profeta desde el fondo de la tierra, ahhh...

Esa vez la última pieza que tocamos fue una cosa brasileña que se llama «Corcovado» de Antonio Carlos Jobim; apenas solté la última nota, la gente se me vino encima a abrazarme, figúrate viejo, a besarme... ponete a pensar la ridiculez... a pedirme autógrafos como si yo fuera la reina del aguacate. Ley, no jodás, hombre... A cargarme, la gente estaba loca, definitivamente; la policía intervino y yo allá arriba como un dios, encaramado en los hombros de un estúpido que gritaba: «¡Viva Jack! ¡Viva Jack, el mejor clarinete del mundo!».

Cuando los uniformados lograron rescatarme, Benson sonriendo se me acercó, no importa, chico, la gente empieza a quererte porque eres como Jack; yo diría que eres el mismo Jack cuando tocas.

Con esas palabras casi me muero, te cuento; entregué el instrumento como pude y tomé un taxi; a San Antonio, señor; sí, la doce por favor. ...No podía comprender que para ellos Jack no había muerto... ¿Me estás oyendo, viejo? Era muy tarde, amanecía cuando alcancé mi casa, entré y cuando prendí el foco vi a mi mujer desnuda; a un lado estaba Jack desnudo; sí era él, te lo juro. Jack «el Burro» porque se alimentaba de yerba; estaba quietecito, lo reconocí por el uniforme celeste, de solapas gigantes, los pantalones de prenses, el saco, el corbatín, todo. Estaban a un ladito de la lámpara que vos nos regalaste cuando me fui a vivir con ella; los zapatos, la camisa de pechera almidonada, todo viejo, y el muy canalla desnudo

haciendo como si sedujera a mi mujer...

Esta vez Leyton lloró sin necesidad de esconderse en el baño. Lloró como un niño. Después, pagamos la cuenta y nos fuimos abrazados en dirección a un barcito iluminado. Allí sacó el pañuelo y con sus ojos negros y brillosos, me dijo: «Carajo, viejito, yo te amo tanto como a mis zapatos rotos». Y eructó cerveza.

Todavía no sabía que pensar de mi amigo Leyton. Sólo sentía que yo también lo amaba y para qué putas preguntarle si ya todo estaba dicho, ¿dónde está Violeta?

Cali, 1980

MAMBO PIDE LA GENTE

«Pero en mitad de la fiesta llegó la policía».

Ray Pérez

A Alvaro Bolaños

Han pasado ya cinco años y aún nadie sabe quién empezó todo en la famosa fiesta de Sandra. El recuerdo de vasos y cristales rotos, de sangre, llanto y gritos temblorosos todavía está fresco en nuestros paladares. Hoy los muertos descansan por separado en sus tumbas y si alguien nos advierte sobre este penoso episodio, vuelve a nosotros con un sabor amargo en la boca. Pero para qué hablar de muertos tan temprano, además esa noche no hubo muertos que yo sepa, y dejemos esto claro desde el principio. ¿Debemos culpar a *su excelencia* el Conde? ¿A su mujer, la Condesa, que no estuvo presente en la fiesta? ¿Al solicitado cojo, bailarín excelente y probado? ¿A mí? ¿A la bella y simpática Silver Moon que por desgracia fue una de mis invitadas?

La policía, como se sabe, ya eligió sus reos y dio por terminado el caso; pero la gente no. ¿Qué va a pasar cuando *su excelencia* salga de su castillo? Es algo que es mejor olvidarlo antes de que esta fiesta se siga prolongando por más años.

La música se había puesto a todo volumen desde las primeras horas del día, pues los bailes de Sandra siempre empezaban con mucho ruido y escándalo como para que todo el vecindario lo supiera y estallara en un ataque de envidia. Sandra se imaginaba desde por las mañanas cuando salía en *shores* a lavar la fachada de la casa, aquella hilera de autos y camionetas que se cuadrarían a partir de las nueve en el jardín, esa mano distinguida ¡tan familiar! pero así mismo lejana e intocable saludándola desde la ventanilla: «Hola, Sandra, ¿cuadro aquí?», esos invitados sin tacha y ella, ya no con esos *shores* que después iban a servir de trapeador, sino con ese vestidito escotado de perlas ¿te acordás? donde los pormenores íntimos de su cuerpo quedaban perfectamente insinuados. «Primo, estos son mis invitados». Ella se imaginaba todo esto mientras bajaba telarañas del cielo raso y los primeros vecinos empezaban a asomarse por las ventanas recién lavadas

con esos ojos, donde se leía:

«Sandra, invítanos».

Pero las últimas invitadas eran Chelay Mercedes, pues Chela es una niña tan sencilla y para qué hablar de Mercedes que tenía la mejor colección de discos y todos los días nos vivía repitiendo que estaba loca por conocerte.

Ese día yo subí a almorzar a eso de las dos, pues los sábados siempre tenía reunión con el grupo de estudios, y no sé por qué me dio por contemplar el rancho desde la esquina; lo miro y no entiendo, lo veo diferente como si no fuera mi casa; me quedo mirándolo detenidamente, entonces me imagino: «Ah, mi mamá ha lavado la fachada de mi casa», pero cuando entro veo todo completamente cambiado, los muebles, los asientos, el tocadiscos, los discos, ¿de quién es ese tocadiscos?, y en el centro de la sala veo a Sandra en *shores* bailando sola.

- Ese tocadiscos es de Chela -me dice-, y los discos de Mercedes.

- ¿Qué? ¿Es que hay fiesta esta noche aquí?

- Sí, primo, y Merceditas va a venir.

- Mi mamá ¿ya sabe?

- Sí; ella me prestó la casa con la condición de que mañana se la deje limpia.

- ¿Vas a venir, primo? Mira que Merceditas está loca por conocerte.

- A mí qué me importa, ¿acaso esa boba no me ve todos los días subiendo y bajando por aquí?

Yo la dejé hablando sola y fui derecho a la cocina, pues andaba cansado y con hambre. Cuando llegaba de la calle, venía con tanta hambre que enseguida quería probar y devorarlo todo. Levanté con cuidado las tapas de las ollas y empecé a husmear como los gatos, pero yo iba a lo que iba, entonces fui derecho al blanco y al lado de la paila encontré un papelito que decía:

«Las tajadas están en la paila, tres son para usted y el resto para la tarde».

Cogí cuatro y empecé a devorarlas; cuando terminé, escuché un grito de Sandra.

-¡Ay, una mariposa! ¡Vení, primo, ayúdame! Desocupé el plato y cuando me asomé a la ventana, vi a Sandra lanzando

escobazos por los aires.

- Mírala, ve -dijo asustada-, ayúdame a sacarla-, cogí el palo y lancé el primer envión con todas mis fuerzas, pero la mariposa fue a resguardarse a un vértice del cielo raso. Era una mariposa negra y alada, que nos miraba con odio.

Aquella tarde fue imposible sacarla.

-Bueno, debo irme -le dije a Sandra y le entregué el palo-.

-¿Y la mariposa?.

No, prima, a esa mariposa de ahí no la saca ni Mandrake. Cuando iba a salir, recordé lo de la rumba y le pregunté:

- ¿Hay que traer algo?

- Sí, los hombres una caneca; las mujeres nada... Una sonrisa, -y Sandra sonrió-, Ah, me olvidaba decirte, no vayas a invitar a *su excelencia*.

-¿Por qué?

- Vos ya sabés por qué, tú mamá fue lo primero que nos recomendó. -Y nos dijimos chao-

Bajando por la colina de San Antonio se puede ver el rostro de la ciudad lavado por la luz de la tarde; primero son techos, luego edificios y, al fondo, el teatro María Luisa que era como el barco que nos estaba esperando para zarpar. Bajé por la calle como buscando una moneda y, apenas llegué a la novena, allí estaba *su excelencia* departiendo con la *gallada* de la colina.

- Pulga, vení -gritó *su excelencia*- ¿mi mamá está en casa? Y enseguida recordé lo que me había advertido Sandra.

- No, salió, -le dije, y no sé por qué sentí que algo raro se atrancaba en mi garganta-

- ¿Vos no tenés diez pesos que me prestés? - Me dijo con ese tono cadencioso y sincopado que usan los de la novena, y yo que no sabía qué hacer, le solté los únicos diez pesos que tenía, sabiendo que esa moneda no la volvería a ver en mi vida. No sé cómo fue que se la entregué, pero *su excelencia* enseguida leyó algo raro en mi actitud.

- Pulga, -y me dio unas palmaditas en la mejilla- ¿te pasa algo?

- No, nada, fresco. - Y no había caminado tres pasos cuando volví a sentir esa cosa extraña que me impedía respirar con tranquilidad.

La fiesta empezó a las nueve de la noche con los primeros invitados. En la puerta estaba mi mamá sentada en un banco,

recibiendo las canecas buenas y las adulteradas; Sandra con su vestido resplandeciente, pegado a la cintura, se asomaba nerviosa a la puerta cada vez que escuchaba el ruido de un motor; la sala brillaba como una gema; los asientos de Chela, recién lavados, bien ordenados y en hilera; el tocadiscos de Chela, en el rincón, y a un lado los discos de Merceditas, que eran los mejores del barrio.

El primero en llegar fue el cojo. Tuvo problemas a la entrada porque su caneca venía destapada. Mi mamá apenas lo vio, lo dejó pasar pues siempre le había dado lástima ese muchacho.

- Entre, mijo, y si va a bailar tenga mucho cuidado con el piso que está encerado. -Luego llegaron Merceditas y Chela que se habían estado pintando toda la tarde, llegó el poeta, llegó la condesa, pero como se le hizo mala cara se fue; yo llegué con el flaco, y Silver Moon que la encontramos de casualidad por la calle.

Sandra, mi prima, iba de un lado a otro sin dejar de ocultar su nerviosismo por sus invitados que no llegaban; miraba el reloj, se tomaba un trago, bailaba con esa falsa alegría que sabía poner cuando no estaba contenta, fingía estar bien con los demás, pero todo el mundo sabía que Sandra no cambiaría su rostro hasta que no estuvieran a su lado el doctorcito «x» con su querida esposa y el doctorcito «y», sus colegas de la oficina; en fin, toda esa gentecita «in» que siempre la agasajaba con regalos y cumplidos. Hasta pensó dejar pasar todas esas caras que se peleaban por ver bailar, cuando en eso oyó el ruido de un Renault 4 color verde que doblaba por la esquina de los Caycedo. «Es él», gritó y salió corriendo llevándose medio mundo por delante, «es él, es él», desde la puerta alzó la mano y mostró una cara radiante y feliz como una azafata de vuelos internacionales; porque Sandra era así, una mujer lanzada y alegre, que nunca se guardaba nada sino que todo lo comunicaba con sus gestos y sus palabras, así fuera algo simple y banal, o algo más profundo y secreto como sus sentimientos.

Merceditas desde que entré me había dicho con los ojos que quería bailar conmigo, pero apenas notó que Silver Moon no se separaba de mí, se fue a sentar triste a un sillón y se negó a bailar con todo el mundo, hasta que apareció el flaco y no sé qué hizo para convencerla.

Fue la vieja la que nos puso en la realidad, cuando preguntó al oído:

- Oiga, mijo, ¿quién es ese joven? -Y señaló al flaco que en ese momento estaba bailando con Merceditas-

- Ese joven -le dije- es el flaco, el dirigente del grupo de estudios, -y a mi mamá yo no sé qué fue lo que la entusiasmó, si la excesiva delgadez de Ricardo que a veces daba lástima o, por el contrario, su lado carismático, que tampoco le faltaba.

- Yo quiero hablar con ese joven, -dijo-. Y apenas terminó el disco invité al flaco a que se uniera al grupo.

- Así que usted es el flaco -dijo la vieja- el dirigente del grupo... Y el flaco, a quien no le gustaba para nada esta clase de preguntas, contestó:

- Sí, señora.

- ¿Y se puede saber qué clase de estudios hacen en el grupo?

- Poesía... Arte y Literatu

Entonces, la vieja descansó.

- Bueno, mientras no les dé por la política... -Después se quedó mirándole los rizos a Silver Moon y, sin que nadie se lo hubiera preguntado, enseguida lo imaginó todo, como en un cuento de hadas-. Mira, ¿por qué no te casas con mi hijo, ve?

Las palabras sonaban lentas, cadenciosas, quizá demasiado aperezadas, porque la vieja era mujer que había nacido y vivido toda la vida en Cali. Silver Moon no respondió, pero se rió con mucha ternura y abrazó a la vieja que en ese momento se estaba clavando el primer trago.

- Silver Moon... ¿Qué nombre tan bonito, no? Silver Moon, quien seguía a mi lado, se sonrojó.

- Y tan raro. A mí me suena como si viniera del otro lado del charco.

Y la vieja que ya estaba entonada, movió los hombros al ritmo de la música, y nos invitó a bailar.

El baile se había prendido hacia media noche, las parejas danzaban al ritmo de la música inventando en ese compás contagioso y delirante, complicados pasos que iban cambiando al son marcado por tumbadoras y bajo; los viejos sones y guarachas iban surgiendo sobre la pista domada por verdaderos maestros que desde muy temprano aprendieron el arte de castigar con elegancia la baldosa.

Allí estábamos todos, tirando paso de lo lindo, cuando apareció *su excelencia*, y desde la calle mandó a llamar a mi mamá.

- Vieja -le dijo- nosotros queremos entrar pero no tenemos *mosca*.

Mi mamá no sabía qué responder.

- Usted sabe que este baile no es mío;-le dijo- de todas maneras, voy a preguntarle a la dueña a ver qué dice. -Y mi mamá entró corriendo y buscó a Sandra entre la gente-

- Yo no sé, tía; - dijo Sandra- usted sabe cómo es él cuando anda con esos vagos; mejor dicho, yo no respondo.-Y la mariposa que había estado escondida en el cielo raso, voló nuevamente sobre la sala-

Mi mamá se quedó sola, y me mandó llamar a la cocina.

-¿Qué hago, mijo? –yo me quedé paralizado; la vieja volvió a salir, y llamándolo aparte, le dijo:

-Usted puede entrar, mijo, pero los otros si quieren entrar tienen que pagar.

- ¿Cómo así? ¡Yo puedo entrar, pero mis amigos no!

- Y en un gesto desafiante, *su excelencia* llamó a *su gallada* y los invitó a entrar.

Adentro pidieron música y empezaron a sacar a las mujeres que mientras se acostumbraban a esas nuevas caras se excusaban con frases como «ay, es que estoy tan cansada» o «ésta no, pero la próxima con mucho gusto» o decían a secas «no, gracias», y volteaban su maquillaje hacia un lado. Mi mamá que no les perdía de vista pasaba a cada rato por donde yo estaba, y me decía al oído:

-Mientras bailen y no les dé por pelear... - pero no había terminado de hablar cuando *su excelencia* empezó a insultar al novio de Sandra porque éste no le había aceptado una copa de aguardiente. Comenzó golpeándolo con palabras suaves, pero más tarde, cuando descubrió que el novio de Sandra era un cobarde, le lanzó el contenido de la copa a la cara.

Desde ese momento cualquier esfuerzo por calmar los ánimos no iba a ser más que una triste ilusión. Mi mamá al ver los hombres entrelazados, corrió a separarlos, pero una mano anónima la tiró a un lado. Sandra trató de hacer lo mismo, al tiempo que gritaba «Fernando, Fernando», pero su linda cara se encontró con un puño que le reventó la nariz. Fue en ese

momento cuando se escuchó el coro de trompetas anunciando *Mambo pide la gente. Su excelencia* armado de un pico de botella, delineaba una zona donde nadie podía acercarse. Luego empezó a romper vasos y cristales, después fue a la mesa donde estaban los discos y los tiró al piso, el espejo, el sagrado corazón, las porcelanas chinas que mi mamá tanto cuidaba, y al carro que era de Fernando le dio varilla hasta que lo dejó aplastado.

Después llegó la policía y detrás de la policía llegó la ambulancia. *A su excelencia* lo metieron a patadas al vagoncito amarillo. A mí me acostaron en la camilla de la ambulancia. Los dos autos arrancaron, uno seguido del otro y, la vieja iba corriendo detrás, completamente abandonada en esa calle sin rumbo ni destino.

La historia de esta noche para mí ya es tiempo muerto y olvidado, sólo que hoy desde la mesa de este bar, al escuchar la misma canción, volvió a mi mente el recuerdo de aquella fiesta inolvidable:

*«Para que tú goces con este mambo
que yo te dedico pa'guarachar;
oye cómo suena mi contrabajo.
¡Mambo! ¡Para bailar!»*

París, 1982

ALFREDO VON KASPA SALAZAR BAILABA COMO UN ANFIBIO

Le había dicho una noche a mi amigo Alfredo Von Kspa Salazar: Me voy a suicidar. Y Al, que no es colombiano ni es alemán, me dijo: Para qué, si ya estamos muertos. Al siempre ha sido un muchacho entusiasta. Esto sólo lo sabemos su mamá y yo. Por eso aquella noche lo invité a beber. ¿A dónde quiere ir, Al? Y Al que se moría de las ganas de beber, empezó como siempre, a hacerse el idiota. Tranquilo Al, que esta noche yo pago todo. Y tomando un taxi, nos fuimos a lo de la 23.

Yo deseaba hablar con Al y contarle por qué me quería suicidar; pero a la 23 se va es a beber y a bailar. (A veces también a pelear; pero yo esa noche no quería pelear). Y nos sentamos en unos butacos de madera que daban lástima. ¿Qué quieres beber, Al? Al se llevó las manos a los bolsillos tratando de justificar su vergonzante miseria y, como sabía que le gustaba la cerveza, pedí aguardiente para desahogarme con más facilidad y también para ir en contra de la corriente. ¿Cómo era eso de que estábamos muertos? Un negro vino con una botella de aguardiente y la sembró en la mesa. A Al no le gustó ni cinco eso del aguardiente. No le gustaba nada que fuera en contra de su voluntad, y como un niño que no quiere tomar la sopa, empezó a hacer caras y a putear en alemán. Pedí entonces una cerveza y después otra, y otra, y Al allí si se entusiasmó.

¿Sabes, Al? Hace días que lo estoy pensando seriamente; pero Al ya no me escuchaba porque en el hueco de la 23 los decibeles son cosa de locos. Y le dieron ganas de ir al baño. Al rato, Al volvió con la bragueta abierta y con una sonrisa así de amplia. Al escúchame, hace días que lo vengo pensando seriamente; pero Al le había clavado el ojo a una muchacha raposa del barrio La Candelaria y tenía todas las intenciones de bailar. Sobre todo, ¡de bailar!

Al regresó a su butaco de madera y, con esa vocación esotérica que tiene por la cebada, cogió la botella y se puso a beber. ¿Cómo te fue, Al? Pero ahora se había puesto a saltar como un sapo sobre su butaco y no me escuchaba. Mejor dicho, no me quería escuchar. Y se fue de nuevo a buscar a la muchacha de La Candelaria que tenía cara de buey.

Mientras estuve solo, me puse a soñar. Pero, acaso, ¿siempre no había estado solo? En un recoveco de la pista Al se había puesto a besar a la muchacha. ¿Sabes Al, que una noche yo soñé con besar así a tu mamá? Pero tranquilo Al que eso sólo fue un sueño. Un maravilloso sueño. En cambio, lo de ahora, Al, no es ningún sueño. Y me fui directamente al baño. En el baño de la 23 alguien había escrito un *grafitti*, que decía:

« *Vendo catre Motivo: Eduardo.* »

Y más abajo,

« *Lo compro Motivo: Marta.* »

Cuando regresé del baño, Al seguía besando a la muchacha. Como si fuera Nosferatu. La tenía abrazada en un rincón como si la fuera a asfixiar. Oye, Al, recuerda muy bien que no estamos en Alemania, ¿eh? y Al con su dentadura amarilla y más torcida que una mesa de borrachos, me sonrió por primera vez. Al ¿tú sabes por qué esta noche hay tanto negro en este sitio? Pero Al, con la llegada de los negros, se lanzó de nuevo a la pista a mostrar sus habilidades de batracio.

Entonces, volví a pensar en el baño y, no sé por qué sentí un deseo irresistible de regresar.

Al terminar de bailar, la muchacha de La Candelaria seguía a su lado y ahora quería practicar el alemán. Pero como en el hueco de la 23 era imposible hablar, decidieron abandonar el bar y se perdieron por las calles solitarias de la ciudad.

- ¡Aufwiedersehen, amigo!, -dijo Al desde la puerta, todavía arreglándose la bufanda y yo, desde el interior del bar, contemplé cómo se iban alejando.

Fue la última vez que escuché su voz.

Alfredo Von Kspa Salazar amaneció muerto en el hotel Ambos Mundos, del centro de la ciudad, y aún se desconocen las causas.

Cali, 1989.

LA TUMBADURA

Cuando desperté de aquella pesadilla, el sonido hueco de la tumba aún seguía martillando en la cabeza. Las chicharras empezaron a cantar su melodía monorrítmica, en medio del calor sofocante que comenzaba a azotar la ciudad y su ritmo agudo y puntilloso que se colaba por el tragaluz, llegaba hasta mis oídos sacándome de un sueño pesado y nada feliz, que me había tenido prisionero toda la noche.

Las chicharras iniciaban su canto a las once y no paraban sino hasta el mediodía, hora en que me levantaba y, con los ojos hinchados, buscaba el baño y me quedaba pensando en ella. Más tarde, comía algo y dejándome tumbar sobre una alfombra vieja y desteñida, esperaba a que pasara el calor y, aquel sonido hueco que aún quedaba resonando en mis neuronas, como latas viejas:

Con - tum - tum - Con - tum - tum - tum...

Así pasaba la tarde, sobreviviendo al letargo que me producía la imagen de ella, mezclada a los golpes secos y decisivos que seguían resonando en mis neuronas, hasta que una brizna de viento entraba por la ventana y, metiéndose en mi cuerpo, me iba sacando de aquel estado dulce y fatigante, en el que me había hundido. Entonces, volvía a ducharme, pero esta vez no pensaba en ella, en su bella y angustiada imagen, sino que me vestía y, tomando la tula de hule y los papeles buscaba la calle y me dejaba abrazar por la brisa fresca de la tarde.

Un sentimiento liviano y placentero se iba apoderando de mí, a medida que avanzaba y me iba acercando a Cabo Rojeño, donde yo tocaba todas las noches, en compañía de un grupo de músicos de hábitos raros y un tanto sospechosos. Cabo Rojeño que era propiedad de Agripino Mosquera, estaba situado a media cuadra de la avenida del Río, en una calle oscura donde borrachos y traficantes, saliéndose de sus cabales, solían perderse y terminaban haciendo cosas verdaderamente lamentables, que al día siguiente aparecían en los periódicos y en grandes titulares.

El viejo Agripino abría desde las nueve, pero nosotros llegábamos desde las siete, porque nos gustaba charlar con él, de música, mujeres y a veces, de crímenes; sobre todo cuando estos últimos contenían algún interés especial y eran

dignos de ser comentados. íbamos llegando uno por uno, recién duchados y, dejando a un lado la tula de hule y los papeles, tomábamos asiento en la barra y empezábamos a charlar, mientras el hombre, diligente, daba los últimos toques maestros para que la velada de aquella noche se abriera como siempre se acostumbraba hacer en Cabo Rojeño: con fineza y distinción.

La fineza era garantizada por el propio Agripino quien, según los comentarios de la clientela, era el «hombre más tierno y sereno que haya podido dar la tierra» y, por nosotros, claro está, que siempre, cuando se presentaba algún lío, estábamos con él. La distinción estaba en manos de un mulato de pelo quieto, luchador de profesión, y varias veces integrante del equipo nacional, que representaba los colores de la bandera en el extranjero. Le decían «Bebé» y el viejo lo había contratado por un salario miserable (veinte mil pesos mensuales, más la cena que era pollo frito y la traían en una caja de cartón), para que velara por la distinción y categoría del lugar.

-Bebé -decía Agripino-, ya sabes que por esa puerta sólo deben entrar damas y caballeros decentes. -Y Bebé, encorvando su gigantesca humanidad, respondía desde la puerta engrillada:

- Okey, patrón.

A Cabo Rojeño iban Lucía Gallo, Gloria Polvo-de Oro y Gustavo Reyes. Algunas veces nos encontrábamos con Adriana Villaloba, su excelencia *El Enmaletado* y Sandra Bloodymary. Gente distinguida y cremosa. Bebé los veía llegar y, como los conocía, saludaba con una sonrisa y abría la reja sin problema. Pero a Cabo Rojeño solía llegar, también, gente desconocida; entonces, allí era necesario trabajar en serio, así se disgustaran los señores cuando el mulato, con esa cara de hombre bondadoso que se mandaba, empezaba a acariciarlos en busca de droga o armas pues, como decía el viejo, a «Cabo Rojeño sólo entra gente distinguida y decente».

Y su mano gigante puesta sobre el dulce-abrigo, iba repasando el mostrador hasta dejarlo brillante como una gema.

-¿Qué se van a tomar muchachos?

-A mí, sírvame un aguardiente.

-A mí. Don Agripino, gin y limón; con góticas amargas.

-Y vos, Dudú, ¿qué vas a tomar?

-Vodka, viejo, vodka.

El viejo llenaba los vasos y, mientras servía, iba evocando historias que habían sucedido en el bar, y aún las tenía frescas en su memoria.

«Se acuerdan, muchachos, del borrachito que siempre cantaba:

*«Ya soy feliz,
mujeres,
ya soy feliz
Porque he encontrado
la diversión
que hacía falta en
mi país».*

Pues bien; una noche salió tan perdido de aquí que sin darse cuenta atravesó la avenida y llegó hasta el río; en el borde del río le dieron ganas de orinar, y no sé si se quedó dormido o lo empujaron; lo cierto es que a los diez días los areneros lo encontraron flotando en las riberas de Cartago, si no, no lo hubiera encontrado ni Dios. Ese río es tan traicionero...»

-¿Quieren otro trago muchachos?

«...Ese lugar es peligroso, a mí me ha tocado ver con estos ojos cosas espantosas. ¿Recuerdan a Ricardo Bonilla el primer pianista que tuvo Cabo Rojeño? Una noche el muchacho salió con una rubia del establecimiento; ustedes saben, el muchacho era débil por ese género de mujeres y, apenas la vio, se enamoró. Yo conocía a la rubia y me parecía bella, pero no era la mujer para Ricardo. El merecía algo mejor, pero como era tan ingenuo, enseguida se dejó convencer por ella. «Vamos a tomar un poco de aire», le dijo, y salieron juntos de aquí. Al cabo de una hora, empecé a preocuparme; Ricardo debía estar iniciando el concierto y todavía no aparecía; y lo esperamos una hora más, hasta que llegó un policía con la noticia: En la esquina había un hombre sin camisa revolcándose en el suelo. Fuimos a ver, y era Ricardo. Le habían robado hasta los calzoncillos».

- ¿Se toman otro trago, muchachos?

A las nueve desenfundábamos los instrumentos en la zona marcada por una media luna, donde además de micros y amplificadores, había dos grandes cuadros; uno de Celia Cruz y otro de Neil Armstrong.

Nadie sabía por qué este último cuadro estaba colgado allí, justo al pie de la negra. Cuando la gente preguntaba, nosotros decíamos que se trataba de «Armstrong», el músico más grande que había dado los Estados Unidos en los últimos tiempos. «No puede ser –insistía la gente- Armstrong nunca fue blanco». Y por eso mismo, nosotros en seguida, les contábamos que aquella fotografía había sido tomada en la nieve, en un invierno, donde el rey había ido a descansar luego de una temporada agotadora por los bares de Harlem. La gente volvía al cuadro y, sentándose incrédula, decía:

«No puede ser», pero más tarde, cuando tenían unas cuantas botellas de aguardiente metidas en la cabeza y, llegaba un amigo y preguntaba por «el tipo ese del cuadro», la gente repetía: «Ese tipo es Armstrong, el mejor trompetista que ha dado los Estados Unidos en los últimos tiempos».

Afinados los instrumentos, Agripino acostumbraba presentarnos antes de lanzar el primer *set* de la noche. El viejo se emocionaba al anunciarnos ante el público, que esperaba atento en las mesas:

«Señoras y señores; damas y caballeros, tengo el gusto de presentar al mejor conjunto de la ciudad que interpretará esta noche para ustedes, un variado repertorio de música del Caribe, que espero sea de su agrado. ¡Cabo Rojeño, una noche más se viste de fiesta!

En el piano: ¡Joaco, el ciego! ¡De la colina de San Antonio!

En el bajo: ¡Ferdí! ¡Del parque Versalles!

En las claves y bongoes: ¡Carlos! ¡Del parque del perro!

Y en la tumbadora: El hombre que pone a gozar a la gente, con ese sonido clásico, que sólo a él le pertenece: ¡De la calle del muerto!: ¡Alfredito «Dudú» González!

Y al ritmo de bajo con tumbadora, iniciábamos el primer *set* de la noche.

Con-tum-tum-tum...Con-tum-tum-tum..

A Carlos le decíamos «la boa», porque tenía la cabeza en forma de culebra; a Joaco «el ciego», porque tocaba el piano como Arsenio Rodríguez; a Ferdí «belleza», y a mí «Dudú» por lo de los dientes. En otras ocasiones, el viejo presentaba al mejor pianista que había tenido Cali en los últimos tiempos, pero ahora ese pianista tan querido por nosotros, estaba en Nueva York, alternando con Larry Harlow, el «judío maravilloso»

y las Estrellas de Fania.

Una noche, mientras tocábamos el primer *set*, entró a Cabo Rojeño una extraña pareja que haciendo alarde de las prendas que llevaba puestas, se sentó en una mesa, ubicada justo al pie de los músicos. Ella, de cuerpo ondulante y delgado como una serpiente, llevaba un traje negro de cuero mojado, muy ceñido a su cuerpo, y salpicado de lentejuelas. El, que tenía cara de macaco y la doblaba en kilos y edad, llevaba «guayabera» de seda, pantalón y zapatos blancos y, en el cuello y muñecas, auténtica bisutería de importación. Se sentaron y pidiendo un litro de Sello Negro, se pusieron a escucharnos.

La mujer desde que me vio, empezó a coquetear y, apenas terminamos el *set*, se paró de la mesa y, con el pretexto de ir al baño, pasó por mi lado y me sonrió. Alta y espigada, con su piel de ámbar y su vestido negro, parecía una diosa traída del África negra. Yo le sonreí y, enseguida, una corriente eléctrica se apoderó de mi cuerpo.

Fue entonces cuando el hombre que había llegado con ella se paró de la mesa y, dirigiéndose hacia nosotros, la cogió de un brazo y la sacudió:

-¡Perra, miserable! -le dijo- ¡¿Con que te gusta, éste, no?!

Ella trató de refugiarse en mí, pero el hombre volvió sobre ella, más duro:

¡¿Te gusta?! ¡Contesta! -Y apenas ella negó con la cabeza, el hombre le zumbó el primer golpe en la cara-,

Entonces, el viejo y los músicos saltamos, y ya Bebé estaba listo a aplicarle una llave, cuando el hombre que tenía cara de macaco, sacó una pistola y nos inmovilizó.

-Perdone, viejo -dijo- lo que pasa es que a esta perra le gusta demasiado la música.

-Dígame una cosa, ¿cuánto vale el grupo por el resto de la noche?

Y sacando un fajo de billetes verdes donde estaba el buenote de Georges Washington, metió un billete en el bolsillo de la camisa del viejo. Agripino, que no sabía qué hacer, pidió al hombre que guardara la pistola.

-¿Cuánto?-dijo, y metiendo otro billete en su bolsillo, guardó la pistola y se sonrió-. Pero con una condición: Que esta mujer viaja dentro de la tumbadora.

Y la mujer, con una plasticidad sorprendente, como si fuera contorsionista de circo, se metió en la tumbadora.

El jeep arrancó por la avenida del Río en dirección al occidente de la ciudad y, tomando la carretera a Cristo Rey, empezó a subir a toda velocidad. A una distancia prudente, nos venía siguiendo una Luv negra, donde se apreciaban tres cabecitas oscuras, que parecían embriagadas de felicidad. El viejo, Bebé y los músicos contemplaron la pesada carga que yo llevaba al lado, entre mis piernas, y por nada les da ganas de llorar. A la altura de la estación del viacrucis número V, el jeep cogió por una trocha cubierta de matorrales y, cuando ya no quedaba rastro de carretera se detuvo, y el hombre ordenó que cogiera mi pesada carga y siguiera a pie por un atajo más intrincado. Era una carga muy pesada de llevar. Atrás, venían el viejo, Bebé y los músicos, como en un silencioso cortejo, y los hombres de la Luv negra, con su sonrisa desfachatada, cerraban el improvisado séquito. Escalamos una colina y apenas ganamos la cima, un gran bunker, desde donde se divisaban Cali y el Valle del Cauca, se levantó ante nuestros ojos. Entramos a un salón enchapado en mármol y quincalla, y apenas yo descargué el pesado fardo, la mujer de negro salió del foso de la tumbadora, y se fue a sentar a una mesa donde estaba el hombre con sus guatines. El hombre mandó a servir whisky y, abrazando a la mujer, pidió al viejo que empezara la música. Nosotros tocamos hasta el amanecer y apenas el hombre se levantó de la mesa a felicitar me por la forma como hacía sonar la tumbadora, yo grité y enseguida desperté de aquella horrible pesadilla.

Bogotá, 1987

ANTROBAR

No sabía por qué siempre regresaba al mismo bar. Ni por qué se sentaba en el mismo sitio Justo al pie de la barra, y pedía el mismo trago y se ponía a soñar. Quizás era porque desde el mismo momento en que los descubrió, los había cogido como un vicio, como una maldita e insana costumbre, a la que toda la vida se estará atado. Pero siempre era así. Vivía pegado a ese oscuro y curvado planchón de madera como si fuera su última tabla de salvación.

Desde temprana edad, había sentido una vida dudosa que lo conduciría sin remedio al fracaso. Le molestaba pasear por la ciudad y tener que mirarse en las vitrinas de los almacenes o que le tomaran fotografías. «La gente -decía- se hace tomar fotografías para armonizar ese lado oscuro que los afea». Quizás fue por eso que empezó a frecuentar el bar.

Al principio iba acompañado de unos pocos amigos, y lo único que le aterraba era verse reflejado en ese gran espejo que estaba ubicado al frente de la barra. Ese espejo negro que tienen los bares, donde él se veía desdibujado y, en cambio, podía contemplar con la nitidez del rayo, al pianista ciego que tocaba todas las noches.

Era un hombre más bien nervioso y de pocas palabras. Cuando en una ocasión le anunciaron que habían asesinado a su mejor amigo, pensó en la idea de poner una bomba en el palacio presidencial, y hacer que volara este país en mil pedazos; pero enseguida reflexionó y prefirió ir al bar. En este país -pensó- los asesinos como los políticos acostumbran ir a misa y encomendarse a Dios, antes de hacer su oscuro trabajo.

A veces cruzaba algunas palabras con el *barman*, que le tenía un afecto especial por encima de la lástima; pero a él lo que más le gustaba era estar allí, frente a ese espejo donde no se reflejaba, y en cambio podía contemplar la figura negra del pianista que tocaba con su dentadura blanca. La figura que alguna vez quiso ser, pero que nunca fue posible.

Por su vida pasaron muchas mujeres marcadas por el sino del amor y de la desgracia; mujeres ansiosas e insaciables que conocían como la palma de su mano los códigos secretos de la pasión: pero sólo de una se enamoró, y era la que más recordaba. Sin embargo, siempre fue un escéptico en el amor.

Amar -pensaba- es querer que la persona que nosotros amamos sea como ella es, y no como nosotros queremos que sea para nuestro placer.

Viajó mucho (el mundo le parecía igual de miserable en todas partes); y cuando le tocó regresar a su país, tuvo que entrar disfrazado, como Ulises, para que no lo reconocieran. Le disgustaba que lo reconocieran porque en cada uno de esos actos, siempre hay un velo de desconocimiento y de olvido. Y no había terminado de escanciar su copa de vino cuando, desde el espejo, la vio que venía hacia él, entonces se paró y apoyándose en la barra, quiso abrazarla, pero perdió el control y se fue a estrellar contra su imagen.

Quizás era por eso que siempre regresaba al mismo bar. Porque ya no recordaba quién había sido y, que alguna vez, cuando fue joven, había sido músico y se había enamorado de una mujer.

Bogotá, 1988

APARTA - CLOSET NIGHT CLUB

Para Alicia Barney.

ADAGIO

Cuando Leonardo Reyes subió al avión que lo conduciría a la Ciudad Luz, la azafata de vuelo apenas lo vio, le colgó un letrero sobre su pecho que decía:

«Fragil, este lado arriba»

Años después, Leo Rey -como le decían sus amigos- seguiría recordando los ojos color miel-quemante de la azafata, recortados en ese trozo de cielo parisiense que se podía contemplar desde la ventanilla, y aquel extraño letrero que con el tiempo se le convirtió en un odioso *karma* de toda su vida.

Leo Rey llevaba terciada una faltriquera arhuaca donde cargaba el pasaje *aller-retour*, el pasaporte con su visa de turista, el pequeño diccionario de bolsillo, el certificado médico donde se daba constancia de sus tres enfermedades, a saber: asma, eyaculación precoz y miedo al vacío; algunos medicamentos que su madre le había preparado contra la fastidiosa enfermedad, un inhalador, una pluma de ganso heredada de su abuelo-editor, tres pares de calzoncillos y una docena de condones multicolores marca «Cauchosol», para batallas y contingencias futuras.

Leo Rey llegó a la Ciudad Luz una mañana tibia y soleada de verano, y buscó el apartamento de Caimito D'León, porque le oprimía un deseo punzante aplazado desde hacía muchos años:

convertirse en escritor.

ANDANTEMA NON TROPPO

El apartamento de Caimito D'León ubicado en el corazón del triángulo que dibujaba la plaza de la *Bastille, con République* y el cementerio de *Père Lachaise*, era un espacio de tres por cuatro que, situado en el último piso de un viejo edificio, parecía una madriguera ideal para un pájaro raro. Y Caimito D'León era eso: ave migratoria-rara y de largo vuelo, que ya le había dado en dos ocasiones la vuelta al mundo, y hacía escasamente un mes que había aterrizado en la Ciudad Luz.

Era un joven alto y espijado, que tenía el pelo cortado como un cepillo, y en su oreja izquierda lucía un diamante falso adquirido en el mercado de las pulgas. Su vida era todo un *happening* y su educación sentimental había sido lo suficientemente salvaje, como para que en su acelerada existencia, jamás culminara algún estudio o cogiera un libro. Sin embargo, no podemos decir que Caimito D'León fuera un «distinguido vago de siete suelas». Todo lo contrario. Con su actitud díscola e hiperkinética que lo caracterizaba, había pasado por toda clase de oficios, y lo peor fue que siempre le fracasaron. En su corta existencia había sido fotógrafo, poeta, chulo y cineasta. Más tarde, se hizo músico y gracias a un saxofón que compró en una prendería, había conquistado el mundo y a más de una mujer.

Fue en ese momento cuando apareció Leo Rey y, como había sido su amigo de infancia (años más tarde Leo Rey recordaría su primer encuentro en la primera curva de la colina de San Antonio,), no pudo negarle un espacio en su apartamento que no era más grande que una caja de fósforos: Caimito D'León siguió durmiendo en su espacio habitual y Leo Rey, pichón de escritor, con maleta, faltriquera y condones, se acomodó en el *closet*.

ALLEGRO

Los miedos de Leo Rey venían de la infancia. Eran miedos fuertes que se habían venido solidificando a lo largo de su historia. Quizás, provenían de la ausencia de su padre o de aquella larga y angustiante espera que vivió su madre durante los primeros años. Eran miedos que se lo comían por dentro a dentelladas y, a medida que fue pasando el tiempo, dejaron huellas imborrables en su corazón. Miedos que tenían que ver con el terror a caer en el vacío y, que él una tarde, sentado en un banco de la colina de San Antonio, logró ordenarlos en su cabeza:

1. Miedo a hablar en el colegio ante sus compañeros de clase. (Cuando tenía que hacerlo llevaba registradas sus lecciones en una grabadora).

2. Miedo a subir a edificios de más de cinco pisos, a montar en ascensores y a volar en avión.

3. Miedo a andar por las calles de la ciudad por temor a que

le cayera un suicida en la cabeza y lo matara.

Por eso fue que cuando decidió viajar y aceptó tomar un avión, subió dopado (su madre le había preparado un bebedizo que lo tendría dormido durante el viaje) y la azafata, viéndolo en el estado lamentable en que se encontraba, le colgó en su pecho la flamante escarapela, para que nadie lo molestara. Por eso también fue que aceptó sin protestar, el oscuro espacio del *closet* que su amigo de infancia le había asignado; quizás porque estaba situado a una distancia prudente de la ventana y él sabía muy bien que desde allí podía comenzar a escribir.

Así que a los días Leo Rey ya estaba instalado en su «closet-suite», y se sentía (con su pluma de ganso y su inhalador), todo un Marcel Proust, *en busca del tiempo perdido*.

En las mañanas, Leo Rey se levantaba temprano, y mientras Caimito D'León dormía hasta el medio día, él llenaba páginas enteras con la pluma de ganso que le había regalado su abuelo-editor, cuando todavía era un niño. En las tardes, cuando su amigo se levantaba y empezaba a tocar el saxofón. Leo Rey se iba a refugiar a Pompidou o al cementerio de Père Lachaise, porque le daba miedo andar por las calles.

ALLEGRO CONMOTTO

Hasta que una noche Caimito D'León llegó acompañado de Chantal Goya y un negro africano, que eran músicos de jazz y desde hacía tiempos andaban buscando un saxofón para su grupo. Chantal, el negro y Caimito enseguida se acoplaron, y a partir de aquel instante, los días tranquilos de la calle de la Folie Renault marcada con el número siete, estallaron como fuegos de artificio en un carnaval.

Leo Rey sufría y, como no podía escribir, se golpeaba la cabeza contra la pared, hasta hacerse daño. Sentía que el ángel que alguna vez le había «dictado», lo abandonaba ante la música estridente que producían sus amigos y, una tarde, mientras caminaba por las tumbas de Père Lachaise, dejó olvidado su inhalador, que era el que lo salvaba de sus crisis asmáticas. «Lo único que me falta -pensaba- es que se me pierda mi pluma de ganso, heredada de mi abuelo-editor», y con los ojos agotados e insomnes, llegaba tarde de la noche y se refugiaba en el *closet*, con la esperanza de que los alemanes declararan de nuevo la guerra e invadieran a Francia, o cayera

un misil sobre París. Pero ni los alemanes llegaron, ni cayó el misil sobre París y, en cambio, el famoso trío de jazz (que más que trío era una especie de «ménage a trois»), explotó una de esas noches, produciéndose el eclipse perfecto, que le cambió la vida a los cuatro: Chantal Goya miró por primera vez los ojos agotados e insomnes de Leo Rey, y enseguida quedó enamorada. Caimito DLeón, solidario con sus amigos, abandonó el aparta-closet y se fue a viajar con el africano.

VIVACE

Chantal Goya y Leo Rey viven en el aparta-closet de la calle de la Folie Renault marcado con el número siete, y son muy felices. En las mañanas, mientras Chantal canta *acapella* a su pequeño feto, Leo Rey escribe su primera novela. En las tardes, salen a pasear por las calles de París.

A Leo Rey, pichón de escritor, ya no le hacen mella los suicidas.

Cali, 1990

CONCIERTO CELESTIAL DE FIN DE SIGLO

F: ¿Sabes? Ahora mismo tengo la impresión de que estamos metidos en una cueva de ratones. Yo no sé si a tí te pasa lo mismo, pero yo me siento como un ratón que acaba de caer en una trampa venenosa.

M: Yo también, y estaba por decírtelo hacía rato; pero tú fuiste el de la maravillosa idea, ¿no? Me siento un ratón que habiendo saboreado el cebo sabe que no le quedan tres minutos de vida en su madriguera.

F: Bueno, no hay necesidad de que exageres tanto. Tú sabes que yo acepté porque se trataba de un homenaje.

M: Y por dinero. No te vengas a hacer el idiota, ahora. Te encanta el dinero como si fuera tu propia caca.

F: Bueno, ahora no vamos a empezar con las mismas historias de siempre. Lo que importa es que tú y yo andamos juntos por la vida y, sin embargo, podemos darnos el lujo de tener pequeñas diferencias.

M: ¡¿Pequeñas?! Dices. ¡¿Pequeñas?! ¡No me hagas reír, hombre! Dime no más, una sola cosa: ¿Por cuánto hiciste el contrato que acabas de firmar?

F: Por cien mil pesos.

M: ¡Ay, Dios mío!

F: Tú lo sabes; es un homenaje.

M: ¡Tú y los homenajes! ¡Tú sabes muy bien que nadie come con los homenajes! Además, a él siempre le disgustaban.

F: Eso lo dices tú ahora porque yo te lo conté el otro día.

M: ¿Sabes? ¡Siempre!

F: (Tratando de conciliar): Oye, no grites de esa manera que la gente nos empieza a mirar raro.

M: ¡A mí no me importa la gente! Desde que tengo uso de razón, sé que lo único que me importa en la vida eres tú y yo; y eso porque desde hace rato andamos juntos.

F: (Conciliando) Bueno, entonces, si yo te importo, baja un poco la voz, que vamos a tocar.

M: ¿Vamos a tocar para quién?

F: Para el público, para la gente. Mira, todo el mundo nos está esperando.

M: Ya te dije que a mí la gente me importa un comino. Además, estoy harto de tocarle a la gente.

F: ¡Hemos firmado un contrato!

M: ¡Harto!

F: Si no tocamos, la gente puede venir hasta la tarima y masacrarnos.

M: (Usando un tono meloso) ¿Te acuerdas de aquella vez que sólo tocamos para los dos? Oye, ahora mismo se me ocurre algo fantástico. ¿Por qué no tocamos algo para los dos?

F: Deja tu romanticismo provinciano, y empieza a tocar.

M: (Más meloso) Fue algo maravilloso; recuerdo que estábamos juntos....

F: La gente empieza a silbar.

M:.. y de pronto ¡zuas!, nos miramos y empezamos a tocar.

F: ¡Cállate! Si no empezamos ahora, esto puede terminar mal.

M: Sí, como terminó su último concierto. Mal. Oye, ¿puedes contarme cómo era Gombi?

F: ¡Esa historia ya te la he contado mil veces!

M: No importa; ¿puedes volverla a contar?

F: Bueno, pero si juras que vas a tocar.

M: Sí, claro. ¿Acaso no vinimos a esta ratonera por eso?

F: La historia de Gombi por todo lo que se ha dicho y escrito, más que una historia, es una leyenda llena de paradojas de la que se han aprovechado muchos en este país, para beneficio propio. Si bien es cierto que su vida fue una tragedia en más de un sentido, esto no puede ser una medida -como han querido muchos- para destruir la imagen de uno de los mejores compositores de música popular que ha dado Colombia. Gombi nació en los años cuarenta entre la generación del mambo y la del merecumbé, y todo el mundo sabe que no era ningún santo. Fue vendedor de enciclopedias y pólizas de seguros. En una casa de empeño adquirió su primera guitarra. Al principio, no conocía las notas, pero podía repetir con gran facilidad cualquier melodía que escuchaba en algún lado. (Desde una fuga de Juan Sebastián Bach hasta una cumbia del maestro Lucho Bermúdez). En la alegre ciudad donde nació, vivió su primera educación sentimental, y empezó a asistir a los bailes de «cuota» que allí programaban. El joven Gombi nunca bailaba, pero escuchaba toda la música que ponían y, al instante, quería imitarla. Pronto se dio cuenta que para ser músico no sólo bastaba la experiencia, sino que también había necesidad del

estudio. Y se metió al conservatorio; pero allí tuvo problemas. La música que inventaba en el piano después de los cursos de solfeo, siempre fue vista por sus maestros como una música rara, que nada tenía que hacer en aquel museo. Fue cuando inició su vagabundeo por los sitios nocturnos de la ciudad. Gombi venía casi todas las noches durante la semana y se sentaba al piano cuando los músicos descansábamos. Ni qué decir que nos gustaba mucho su música y el enfoque que le daba a sus composiciones; pero jamás pensamos -y esto lo digo para que se entere Gombi y cualquier otro que esté oyendo- que teníamos delante de nosotros a la persona que acabaría por revolucionar el mundo de la música popular en Colombia.

M: Si mal no recuerdo, fue a partir de ese momento que empezó a experimentar con ritmos no tradicionales y a utilizar estructuras armónicas complejas.

F: Sí, nosotros siempre quisimos que se uniera al grupo, pero tú sabes, Gombi era rebelde y lo único que quería era crear su propio estilo; y una noche se apareció en el hueco donde tocábamos, con unos muchachos más feos y más grandes que él, y sonó en ese piano un concierto diluviano, que parecía ejecutado por los mismos ángeles.

M: ¿Y después?

F: Después vino la historia de su éxito, que tú ya conoces. Vinieron los conciertos, los viajes, las mujeres, las grabaciones. Todo fue tan fugaz, que me atrevo a pensar que Gombi aún sigue sin comprender ese periodo delicado de su vida, y todos los días reza por salir de aquel túnel negro y sin salida. Pero ahí están sus grabaciones. Quizás, la fascinación que ejerce su nombre se deba a lo nebuloso de su personalidad; pero quizás, se deba también a su destino; y, desde luego, a las mujeres. Tenía tal efecto arrasador sobre ellas, que las mujeres que nunca perdonan nada, le gritaban en los conciertos: «¡Gombiii, pipi locooo!» . Hasta que llegó a su descenso. Gombi llevaba tocando una hora cuando, de pronto dejó el teclado y, como si se hubiera desconectado algo en su interior, se llevó las manos a la cabeza. «Oh perdónenme; no puedo más», dijo por el micrófono, y Gombi se desplomó en el acto. En un momento, el público pensó que se trataba de una payasada (Gombi era tan bueno para la música como para hacer payasadas), pero cuando lo vieron recostado sobre el piano,

como un boxeador destronado, empezaron a gritar y, violentando el cordón de policías, se tomaron el escenario. Gombi fue sacado del escenario en una camilla, y conducido al hospital.

M: Después de oírte pienso que aún nos queda una pequeña luz de esperanza....

F: Ajá.

M: ...Y que no estamos solos en el mundo.

F: No, no lo estamos.

M: Oye; ¿Será que puedo, por una vez, pedirte algo?

F: ¿Sí?

M: (Poniendo un tono firme, pero suave): ¿Me prometes que vamos a estar juntos en la vida?

F: Sí; lo prometo.

M: ¿Y que a partir de esta noche vamos a dejar a un lado las peleas?

F: Sí, si ese es tu deseo.

M: Bueno, no perdamos más tiempo que la gente ya nos cayó encima.

F: Sí; pero, ¿que vamos a tocar esta noche?

M: Concierto celestial de fin de siglo.

F y M: (Riéndose a carcajada limpia)
Un...dos...Un...dos... tres..cua... ¡Por fin estamos de acuerdo!

La Buitrera, 1990

FANTASIOII

«*Esa muñeca no tiene corazón*»
Los Guaracheros de Oriente.
-A Jaime Galarza Sanclemente.

Apenas la mujer terminó de acicalar su cabellera salpicada de rayos plateados y aplicar con cuidado el rubor en sus mejillas, el hombre que parecía más interesado en el desenlace del dramatizado, que en aquel momento pasaban en la televisión, preguntó:

-¿Tú sabes que hora es, amor?

- Sí. -dijo ella y mirando su reloj que tenía la forma de un corazón nacarado, respondió: Son las diez.

- ¿...Y se puede saber a dónde vas a salir a estas horas?

Ella se separó del espejo y acercándose al hombre que parecía seguir con interés el dramatizado, dijo:

- ¡Ay, por Dios! Ahora no vas a empezar con la misma historia de todos los días.

Y estampando un beso en su mejilla, cogió la cartera y salió. Era un hombre de mediana estatura, economista, que a pesar del exceso de colesterol y triglicéridos que señalaban sus exámenes, no había perdido aquella capacidad de sonreír a la vida y a ciertas adversidades que a veces nos suele deparar el destino. Pero como todo hombre que se precie, tenía un defecto: Era celoso y, por eso, de un tiempo para acá, le había salido una alergia que día a día amenazaba con cubrirle el rostro.

La puerta se cerró y detrás de la puerta él se quedó como tantas otras noches, completamente solo. Apagó el televisor y, ya se iba a acostar, cuando un oscuro pensamiento como aguijón envenenado, le cruzó por la mente; «¿Porqué, carajo, me casé con una mujer tan rumbera?», dijo y, en vez de dirigirse a la cama, se acercó como nunca lo había hecho, al bar, y sirvió un *blanco*. Prendió el equipo de sonido y, hundido en el sillón como un mono desnudo, recordó el día en que se conocieron y, cuando tomados de la mano, solían pasear por los pasillos de la universidad y acostarse sobre la hierba roja. «Eras fresca como las cadmias después de la lluvia», dijo y, sirviendo otro *blanco*, se puso a contemplar un viejo álbum de

fotografías.

Hojeó una a una las páginas llenas de fotografías y, cuando llegó a una foto donde él y ella están tomados de la mano frente a la iglesia de San Antonio, pensó: «¡Carajo! Llevo media vida con ella y aún no sé quién es. Nunca se llega a conocer a las mujeres». Y ya iba a cerrar el álbum, cuando una serie de fotos donde ella está acompañada de un hombre, le causó una particular impresión. Ella, vestida con traje de encaje y zapatos de tacón alto, sonreía al hombre de saco largo y zapatos combinados. Al pie de cada foto había una dedicatoria, que decía:

«*RECUERDO DE FANTASIO*»

Observó detenidamente las fotos y, sin decir nada, prefirió hundirse en el sillón y servirse otro *blanco*. La alergia que era como una lepra blanca le fue subiendo por el rostro. Entonces pensó que esa noche, al contrario de las anteriores, debía ser diferente; y arrancando con violencia las fotos del álbum, bebió un nuevo blanco, y la esperó.

-Y esto, ¿qué quiere decir?

Ella tomó en sus manos las fotos y, al detenerse en la dedicatoria, sonrió:

-Es Fantasio, -dijo-

- Sí; pero, ¿qué quiere decir, Fantasio?

- Fantasio fue el bar más famoso de Cali, en 1952.

- Y este hombre, ¿Quién es?

- ¡Ay, Dios mío! No sé.

-¿Y esta mujer?

-Es mi madre. ¡Tu suegra! ¡Y por favor, Fernando, no jodás más, que ya está amaneciendo!

Y al hombre que llevaba varios *blancos* entre pecho y espalda, le fue lentamente desapareciendo la alergia de su rostro.

Cali, 1990